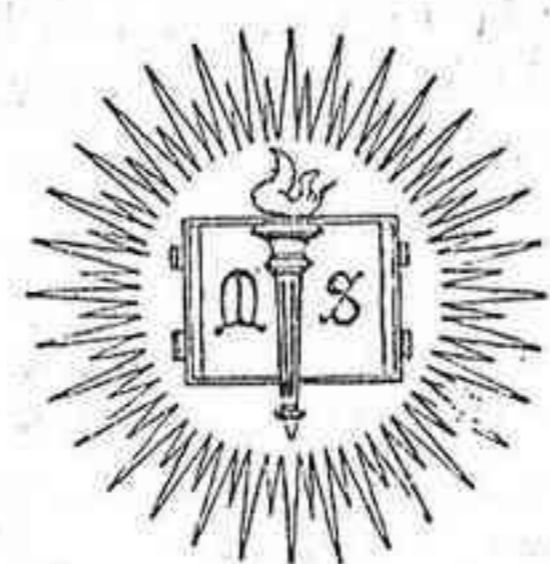


La Ilustración



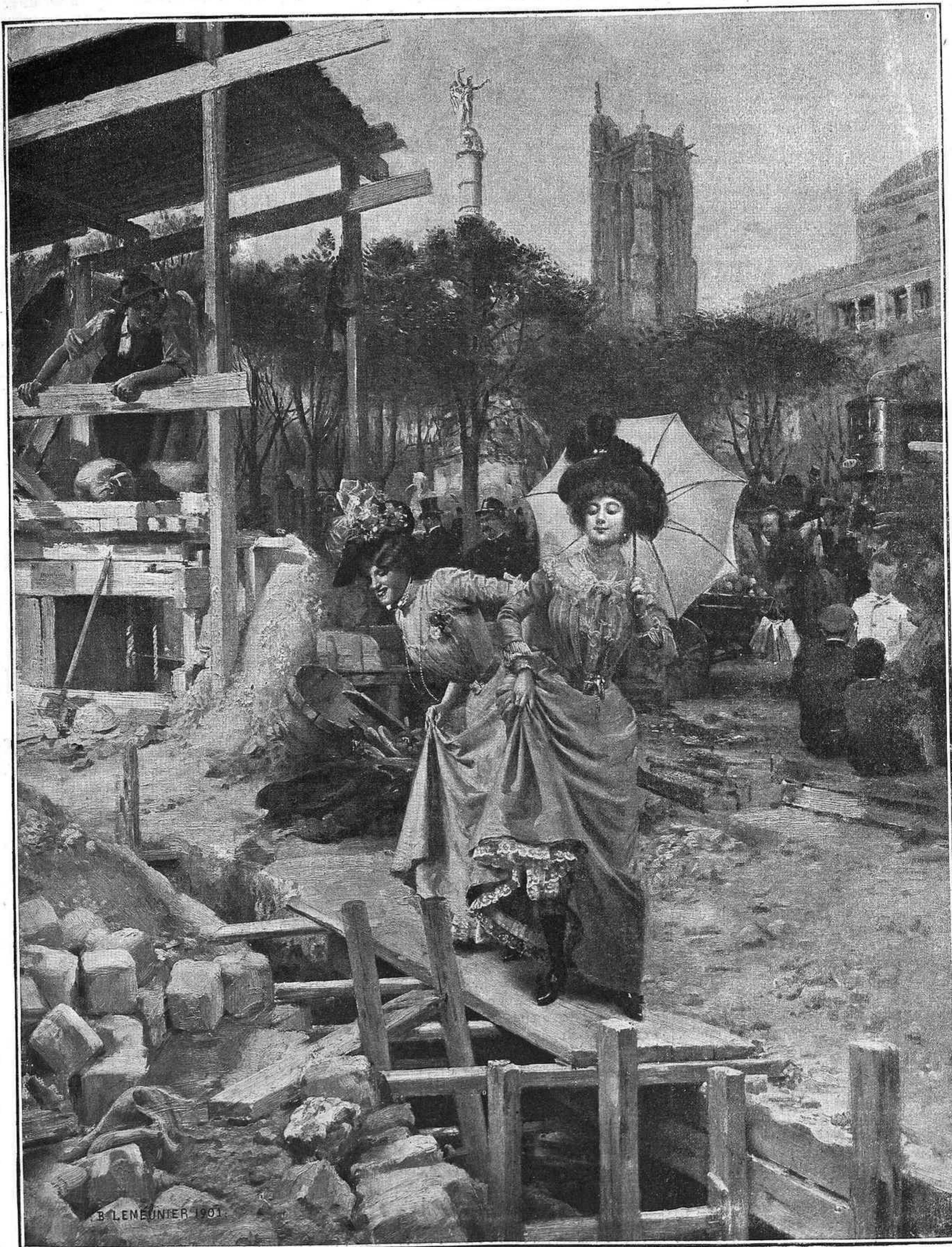
Artística

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

AÑO XX

BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.018



PARISIENSES, cuadro de B. Lemeunier. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París, de 1901.)

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesante novela de Matilde Alanic «Norberto Dys» con bellísimas ilustraciones de Marchetti.

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Eusebio Blasco.—*La ciudad de Zohra*, por Sebastián Voirol.—*Los Salones de París*.—*Nelson en su camarote del «Victory»*.—*Un cabecilla*, por R. del Valle-Inclán.—*Una excursión al monte Salève*, por Benito Gallego.—*Nuestros grabados*.—*Problema de ajedrez*.—*El fantasma*, novela (conclusión).—*Concurso de carteles artísticos en Montevideo*.—*Los seguros obreros en Alemania*.—*Reglamentación higiénica del matrimonio*.—Libros recibidos.

Grabados.—*Parisienses*, cuadro de B. Lemeunier.—Dibujos de G. Dutriac que ilustran el artículo *La ciudad de Zohra*.—*Reposo*, cuadro de R. X. Prinnet.—*El frío*, escultura de Rocher-Bloche.—*Sol de octubre*, cuadro de E. Barau.—*Nelson en su camarote del «Victory»*, cuadro de C. Lucy.—*El anticuario*, dibujo de A. Steiner.—*Ensueño*, cuadro de J. Brull.—*Carmen granadino*, cuadro de R. Brugada.—*Paisajes*, dibujos de J. Masriera.—*El duelo*, cuadro de Hal Hurst.—*Estudio*, dibujo de Otón Greiner.—*El Zokee*.—Tres carteles artísticos y sus autores Carlos M.^a Herrera, J. M.^a Fernández Saldaña y Luis Queirolo Repetto.—*La festividad de la Virgen del Carmen*, cuadro de Joaquín Luque y Roselló.—*Marina*, cuadro de José M.^a Marqués.

CRÓNICA DE TEATROS

No hay teatros; la crónica tiene que referirse a teatrillos, quisicosas, género chico, espectáculos estrafalarios. Las compañías del Español, la Comedia y la Princesa viajan paseando la *Electra* de Galdós, con la que sucede algo que merece contarse, y de este modo hablaremos de los teatros grandes, aunque estén cerrados.

El episcopado español hace la guerra al drama de moda. La influencia del obispo en cada diócesis es innegable. Hay en España sesenta y tres diócesis y en cada una de ellas quince ó veinte teatros.

Llegan las compañías y anuncian la primera representación de *Electra* con gran aparato. Los partidos liberal, republicano, demócrata, socialista, se proponen manifestar en tal noche. Van al teatro, cantan el himno de Riego, la *Marsellesa* y el *Trágala*, y hacen una ovación al autor y á los actores.

Pero á la segunda noche, no hay entrada. Las señoras de la población no van á ver ni *Electra* ni nada de lo que haga la compañía medio excomulgada. Y resulta que ó no hay en las poblaciones bastantes galdosistas para hacer un abono, ó no van más que la primera noche. El drama, como éxito, es indudable; pero como negocio para las empresas, es ruinoso.

No es lo mismo Madrid ó Barcelona que las demás capitales y pueblos de la nación; y *Electra* para su autor es una mina; porque además de las cien representaciones de Barcelona y Madrid, sabe que se la han de hacer por lo menos una vez en todos los teatros de España; pero una empresa teatral que va á cada pueblo confiada en hacer el drama varios días, y se encuentra con que no sólo no lo hará, sino que la resistencia pasiva del público se extenderá á todas las obras que ponga, y que en castigo al delito de haber puesto *Electra*, el público piadoso se negará á hacer abono, esa empresa en vez de ganar dinero lo pierde, y con eso no se contaba.

¡Cómo andaremos de obras literarias y de emociones artísticas, cuando todo el entusiasmo de los madrileños en el espacio de un mes ha sido para las transformaciones de Frégoli!

Cierto que en su género es un artista muy notable, único, sin duda ninguna; pero en toda la temporada hemos presenciado prisa igual para admirar á un actor ó un cantante. A la greña han andado empresarios y revendedores disputándose los billetes, que se han cotizado á precios fabulosos. El teatro Moderno no bastaba á contener á un público ávido de ver cómo un hombre hace de hombre y de mujer y se viste y se desnuda con rapidez increíble. Ha sido necesario que el gran transformista tomase el teatro de la Zarzuela, y allí van todas las noches ricos y pobres á llenar el teatro. Signo de los tiempos es este. Los abonados de los lunes de moda, en el pasado invierno, recibieron con risas los dramas de Calderón y Lope. Es natural que Frégoli sea para ellos el espectáculo más notable del año...

En un pueblo en el que se le da un banquete al popular borracho *Garibaldi*, no es lógico que sean del agrado de la masa los espectáculos literarios. Bajamos, caemos, nos divierten las tripas de los caballos por el suelo y los prójimos hechos pedazos por los toros. Y nos llamamos cristianos, sin comprender ni siquiera el significado de la palabra.

Se abrió el teatrillo *Eldorado*, que está en sitio fresco, cercano al Prado y á espaldas de la Bolsa. Para pasar el verano aquellos infelices madrileños que no pueden veranear, no está mal. Es un teatro barato, y por consiguiente no hay para qué exigirle á la empresa grandes cosas. Cultiva el género chico, y para empezar la temporada nos ha ofrecido una cosa llamada *Revista*, titulada *Correo interior*, con letra de Perrín y Palacios y música de Cereceda y Jiménez. Cuatro autores conocidísimos que trabajan *pane lucrando* á razón de treinta reales por noche.

La revista es... lo de siempre. Muchachas bonitas que se visten de tres ó cuatro modos y siempre enseñando algo; un poco de golfería, soldados, chulas, ratas, cesantes..., y para *clou* final, el tiro nacional, disparando las actrices sobre personajes políticos, y acabando con una jota corta *Pantoja* y pidiendo la revolución, que no lleva trazas de contestar. Como lo interesante en este género de trabajos es que las actrices sean bonitas y que se presenten medio desnudas, una *Revista* de ese género tiene aseguradas sesenta ó setenta noches. El público va á pasar dos horas fresco, entretener la vista y gastar poco, mientras los felices se marchan á las playas y á los balnearios de moda.

Lo mismo sucede con los Jardines del Retiro. En ellos hay fresco, buena sociedad y ópera que se oye por la modesta cantidad de media peseta. En aquel teatro se dan á conocer cantantes nuevos á los cuales se les tolera todo, dado lo módico del precio que se paga por el espectáculo. Alguna vez sale de allí un artista genial, y sin la empresa de los Jardines del Buen Retiro, Biel no hubiera logrado tener personalidad y pasar de modesto obrero á cantante ya conocido en Europa. Desde este punto de vista, la empresa es digna de aprecio y de elogio.

Las dos sociedades de autores dramáticos y compositores de música existentes en Madrid se llevan como perros y gatos. La tirantez de sus relaciones es cada vez mayor, y los conflictos pendientes entre ellas son ya graves. Como Montescos y Capuletos se tratan los socios de uno y otro bando, y prohíben á las empresas teatrales su repertorio si hacen el repertorio de la sociedad contraria.

El caso que ha motivado decisiones tan terminantes es curioso. Algunos compositores de música que tenían deudas ó compromisos de dinero con el señor Fiscowich, encontraron un medio muy cómodo de dar largas á la solvencia firmando con nombres imaginarios las zarzuelas que con posterioridad á aquellos compromisos dieron á los teatros madrileños. De este modo, y por segunda mano, cobran sus derechos sin que interviniese el acreedor. El procedimiento será ingenioso; pero en honor de la verdad, no es legal. El Sr. Fiscowich les ha llevado á los tribunales, y la Sociedad de autores, poniéndose de parte de los ingeniosos, prohíbe su repertorio á todas las compañías que ejecutan obras del archivo de Fiscowich, ó de la Asociación de autores y compositores.

El asunto no es interesante, por lo que tiene de *lioso*, como se dice en el caló moderno. La moral que de él se deduce es que no debe pedirse dinero prestado á los editores; pero si se les pide, hay que pagárselo y no buscar subterfugios que serán simpáticos al que deteste á la raza de los editores, pero que en las leyes del reino tienen su pena marcada.

La genial Loreto Prado continúa en el teatro Moderno su campaña veraniega atrayendo al público, no por las obras que representa, sino por ella misma. Es actriz *sui generis*, especialísima, personalidad aparte, y ha logrado que autores de reputación escriban desde hace algún tiempo para ella.

Ha pocas noches estrenó una zarzuela de López Silva y Jackson Veyan, titulada *La Tremenda*. Tremenda es, en efecto, porque las cosas que en ella se dicen no las copiaría yo en este periódico por todo el oro del mundo. Y esto es lo verdaderamente reprehensible en autores que son cultos y discretos en la vida privada; que digan en la escena frases intolerables en la conversación particular. *La Tremenda* trae la marca de fábrica. López Silva es único en su género; nadie sabe como él hacer hablar á las clases bajas. Ha tenido mil imitadores, pero sólo él domina la lengua de la plebe. Mientras lo que les hace decir á sus personajes no pasa del límite de lo chistoso, castizamente madrileño, oírles es una delicia; pero cuando se extralimita es terrible, y se lanza á frases y á gracejos que ya no merecen nombre de tales.

Aun así y todo, como Loreto Prado tiene aptitudes excepcionales para este género de obras y además el público de á dos reales la hora está ya porido de oír tales cosas, las tolera y hasta las aplaude, y por eso *La Tremenda* pasará al repertorio productivo. Yo prefiero mil veces aquel primer libro de López Silva

que se titula *Los barrios bajos* y al cual debe su nombre y su reputación de escritor popular el simpático compañero madrileño. Aquello es la verdad, lo que ha venido después no. Y López Silva es de la madera de los buenos escritores de costumbres.

¿Qué sucederá la temporada que viene?

Esto se pregunta todo el mundo, y nadie sabe nada todavía. Las *formaciones*, como se dice en la lengua de bastidores, no están hechas aún, y solamente se calcula lo que debiera ocurrir, porque el público tiene mejor instinto que los empresarios.

Desde luego sabemos que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, su esposo, grandes mantenedores del arte dramático español, no volverán hasta el mes de abril del año 1902; de manera que en el teatro Español tendremos la misma empresa y la misma dirección. ¿Y los actores? Si han de ser los mismos y la dirección tan descuidada como lo fué en el pasado invierno la de D. Federico Balart, mal porvenir auguro á la temporada venidera.

La anterior la salvaron dos cosas: primera, el abono, que tuvo que pasar por las horcas caudinas de soportar el reemplazo de la compañía Guerrero por otra que sin ser rechazable era bastante deficiente; y el éxito de *Electra*, que aseguró la vida de la empresa y la de la compañía hasta el último día.

Pero no todos los años caen *Electras* ni se encuentran abonados que traguen dos veces la píldora; y si el Sr. Berriatúa no pone, como decirse suele, pies en pared para formar una compañía muy completa y del gusto del público, más le valdrá no abrir el teatro.

La formación no sería difícil con un poco de buena voluntad que los actores pusieran para vivir unidos en paz y en gracia de Dios, deponiendo ese orgullo y esas vanidades que son la nota característica de todo actor español. Aún hay elementos para hacer una lista muy aceptable. Con Thuiller, la Cobeña, Donato Jiménez, Matilde Moreno, Fuentes, Matilde Rodríguez, Rubio, Castilla, Echaide y algunos otros artistas muy estimables que andan trabajando por las provincias sin haber logrado todavía darse á conocer en Madrid, se podría componer un excelente cuadro, al cual los autores con autoridad les confiarían sus obras.

Pero pensar que con la compañía del año anterior ha de hacerse temporada y abono y se ha de llevar al público al primer teatro de España, es pensar lo imposible.

La Comedia y Lara vivirán porque son dos teatros simpáticos al público y en ellos no exige tanto como en el llamado «clásico coliseo.» La compañía de Lara va á sufrir una gran transformación. Lara y Balaguer se van á América, ignorando que sus Américas están en la Corredera Baja de San Pedro. El excelente actor Morano pasa á la Comedia. Harto se dice que tal vez se retire de la escena Balbina Valverde, en lo cual haría muy mal, pues aún está para muchas fiestas. Julián Romea vuelve á ser actor de comedias, que es para lo que nació, y dirigirá el teatro favorecido del público, y él creará, con seguridad, muchos papeles, porque le sobra talento, malgastado en estos últimos años en el género chico zarzuelero.

En la Comedia con Morano y Vallés, Rosario Pino y la señorita Bremón, la Rodríguez y Rubio (que ya tienen sobrada talla para el Español), Mendiguchía y la Catalá, pueden Benavente y los Quintero, Ramos Carrión y Vital Aza y todos los autores cómicos escribir con confianza obras que serán muy bien interpretadas.

Pero digo lo mismo que del teatro de enfrente. Las temporadas no las hacen los cómicos, sino las obras. Es muy difícil dar con otros *Galeotes*, que duraron en el cartel sesenta días; con comedias como *Lo cursi* ó *Morada histórica*. Los éxitos segundos son raros, muy raros.

No se descuida el inteligentísimo Luis París en sus preparativos de temporada lírica, y está organizando su campaña, que es la más difícil de todas, porque no hay abonados más exigentes que los del teatro Real, ni gente más difícil de gobernar que los cantantes. El empresario del regio coliseo no tiene subvención del Estado, y es el único en Europa que se encuentra en tan triste caso. Tiene que satisfacer á un público exigentísimo que le pide los primeros cantantes del mundo, á los cuales ha de pagar *en francos*, y los francos llevan trazas de ponerse al ciento por ciento de aquí al mes de octubre. En una palabra, para ser director del teatro Real de Madrid se necesita más valor y más dinero que para conquistar de nuevo la Flandes. Luis París resuelve el problema todos los años, y es digno de la admiración general y de universal elogio.

EUSEBIO BLASCO.



Una doncella surgió de entre las ondas del estanque

LA CIUDAD DE ZOHRA

Salí de Córdoba por la puerta del Osario, y por el camino de las Huertas de la Sierra llegué á una llanura inculta y desierta que la gente del país denomina Córdoba la Vieja.

Una fuerza irresistible hábame llevado hacia aquel sitio, en aquella hora silencioso, triste y solitario, ante cuya vista renacían en mi memoria las narraciones admirables de los poetas famosos, cantores de los pasados días, iluminados con vivos é indescriptibles esplendores, haciéndome recordar las gloriosas alabanzas que en su «Espejo de los tiempos» dedicó Ibn Djouzi á la antigua y suntuosa Córdoba y á la más hermosa de las amadas, y los sentidos versos de Ibn Khafaradjah, poeta del amor que Ibn Hazin convirtió en ciencia en su libro inmortal.

Después de sus dos antepasados renacía también Abderramán, califa de Córdoba, el que había hecho construir en los alrededores de su capital una ciudad tan bella como su bienamada. El nombre de la favorita fué el de la ciudad, y para el califa Abderramán, Zohra fué á un tiempo la ciudad y la mujer más adoradas entre todas las ciudades y entre todas las mujeres.

Para que naciese la hija del imperial capricho, un ejército innumerable de esclavos había trabajado noche y día durante un cuarto de siglo; habíanse enviado á buscar á las Baleares, á Italia, á Grecia, á Cartago y á países todavía más lejanos, bloques preciosos de polícromos mármoles, y las caravanas habían conducido porcelanas de Persia, verdes bronce de Estambul y ricas telas de Bassorah y de Damasco.

Ahora, la ciudad de Zohra había muerto.

Una lluvia finísima caía al través de una espesa niebla gris. Sentí deseos de regresar á Córdoba, mas no pude dar con el camino que hasta aquel lugar me condujera. Afortunadamente apareció un jinete que sin preocuparse, al parecer, de la lluvia, dejaba marchar su cabalgadura lentamente. Cuando estuvo cerca de mí, diríjle la palabra y á mis preguntas respondió diciéndome que á cien metros del lugar en que nos encontrábamos había una buena posada en donde podría hallar albergue. Dicho lo cual hízome montar á la grupa de su mulo.

Llegados á la hostería á que se refiriera el jinete,

apuramos juntos algunas botellas de un vino dulce y fuerte que se subía á la cabeza; después, mi compañero desapareció, y como ya era tarde, resolví pasar la noche en aquella casa. Hiciéronme subir á un camaranchón bajo de techo, lleno de muebles á los que la edad y el polvo prestaban un aspecto extraño, casi fantástico, y á pesar de mi valentía, atranqué la puerta colocando contra ella una vieja mesa de roble y me acosté sin desnudarme. No tardaron mis ojos en cerrarse y... acostado estaba al raso, en medio de las ruinas, apenas cubiertas de hierbas trepadoras y de hiedra, cuando avanzó hacia mí un jinete que, dejando en libertad á su mulo, cogióme de la mano para guiarme al través de los escombros hasta una escalera que se hundía en las profundidades de la tierra.

Bajamos por una serie innumerable de escalones, y en medio de aquella glacial obscuridad temblaba yo de miedo, mis piernas se doblaban y comprendía que tendría que pararme de un momento á otro, cuando vi flotar á lo lejos una claridad indecisa y velada. Reanimado por aquella visión, me dirigí hacia la luz que poco á poco se aproximaba á nosotros. Entonces percibí como un rozamiento de alas y distinguí una bandada de pájaros que hacia nosotros venía y cuyos gritos alegres parecían ser otras tantas saluciones á mi compañero, quien llamaba á cada uno por sus nombres y les daba con la mano las gracias por su acogida.

Abrióse luego una puerta y por ella penetramos en un jardín poblado de árboles de extraños follajes y surcado por límpidos arroyos, cuyo lecho inmóvil hecho de azogue reflejaba como pulido espejo las gigantescas flores de los corpulentos árboles. No pude menos de contemplar mi imagen en las cristalinadas ondas, y cuando alcé la cabeza mi compañero había desaparecido: al verme solo, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo y quise huir; pero muy pronto, vencido por el cansancio, caí junto á un surtidor de alabastro.

Sobre el musgo, muy cerca de mí, elevábase un

Mas ¡cómo encontrar las sílabas humanas victoriosas de la divina criatura por mí vislumbrada! En el fondo de mi alma comprendía cuán inútiles habían de ser mis esfuerzos para conseguirlo; pero al mismo tiempo érame imposible resignarme á no volver á verla.

Lleno de angustia, permanecí inmóvil cuando un verdadero ejército de enanos brotó de todos lados, de las flores, de los árboles, de las fuentes: todos llevaban en sus manos ramos y coronas y el que los capitaneaba me ofreció algunas flores diciéndome que me las enviaba su señora, la cual no tardaría en venir á verme.

Aquellas flores exhalaban un extraño perfume de mujer lejana.

De pronto apareció la reina, é inclinándose graciosamente hacia mí, besóme en los labios y me habló largamente del placer que le causaba el tenerme á su lado. Empezaba á caer la noche y los enanos se

pequeño pabellón formado de rayos de sol y de diamantes; debajo de su ventana, un estanque parecido al disco de la luna recogía el agua que brotaba de un manantial rojo, produciendo un sonido como de arpas lejanas.

Cerca del chorro de agua alzabase un trono de relucientes rubíes cubierto por un dosel de seda de color de sangre.

Flotaban en el aire suaves perfumes femeninos.

Una blanca paloma, volando graciosa y lentamente, fué á bañarse en el claro líquido; sus alas se desplegaron dulcemente, cubriendo su esbelto cuerpo, que se hundió en el agua, y al poco rato se agitaron de nuevo y una doncella surgió de entre las ondas del estanque.

Era extraordinariamente hermosa; parecían sus ojos tímidas estrellas, sus senos palpitantes granadas y su boca el anillo de Salomón; pero conservaba todavía sus alas y su cuello de paloma, y su piel guardaba aún el color de luna del lago.

Contemplándola estaba cuando delante de mis ojos apareció nuevamente mi compañero, y en aquel mismo instante huyó la doncella bajo la forma de paloma.

Extendí mis manos, escapóse un grito de mi garganta, y mi compañero, antes de desaparecer, murmuró sonriendo á mis oídos algunas palabras que eran poco más ó menos estas: procura conocer el nombre de mujer de tu amor, lanza este nombre al través de los espacios y tu prometida se te aparecerá para ser tu esposa eterna.



Sacó de un cofrecito de oro un largo velo y se cubrió con él la cabeza

retiraron. Entonces le confíé mi pena, suplicándole que me ayudara á encontrar el nombre de la mujer á quien había entrevisto. Al oír mi súplica se sonrió, ayudóme á levantarme, me condujo al pequeño pa-

bellón, y haciéndome sentar en el suelo sobre blandos cojines, sacó de un cofrecito de oro un largo velo y se cubrió con él la cabeza.

Después con su voz melodiosa y oriental me dijo: «El nombre que buscas está escrito entre otros setenta mil en el velo que me cubre; si tienes el poder que dan la paciencia y el tiempo, acabarás por encontrar ese nombre que te es tan querido.»

Mucho tiempo, mucho, permanecí arrodillado, fijos los ojos en aquel velo lleno de letras; pero era en vano: aquellos caracteres se confundían más vertiginosamente que los vuelos de las golondrinas. Al cabo de un tiempo que me pareció la eternidad, el velo se me apareció blanco como la nieve, una ligera brisa se levantó y al fin echó a volar como un ala de pájaro, produciendo un suave roce y dejando al descubierto un montón de ruinas en medio de las cuales veíase inmóvil y en actitud de tristeza y de duelo a una mujer cuyos largos cabellos negros mezclados con las hierbas estaban enganchados en las piedras que en tierra yacían y de las cuales parecía no poder separarse. Era Zohra, la favorita muerta sobre las ruinas de la ciudad que llevaba su nombre y que había ofrecido a su belleza el omnipotente Abderramán, califa de Córdoba.

Sonaron en la puerta violentos golpes; era mi posadero que venía a despertarme para ofrecerme el espectáculo del sol que se alzaba sobre las ruinas de la ciudad de Zohra, espectáculo grandioso y magnífico que de seguro había de gustarme contemplar.

(Dibujos de G. Dutriac.)



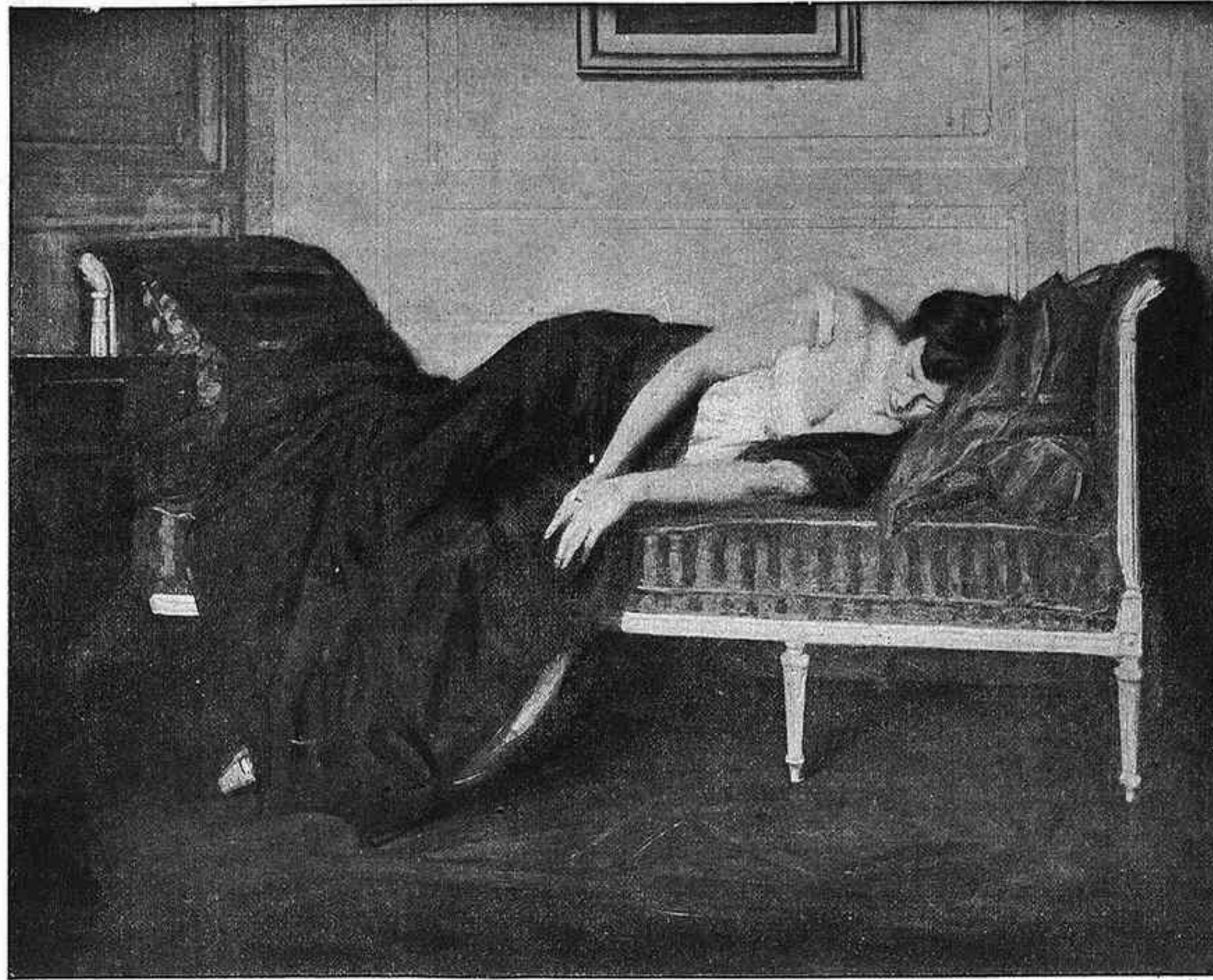
EL FRÍO, escultura de Rocher-Bloche (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París, de 1901.)

LOS SALONES DE PARÍS. 1901

Como complemento de la información gráfica de los Salones de París del presente año que hemos publicado en anteriores números, reproducimos en el presente cuatro obras de Lemeunier, Prinnet, Barau y Rocher-Bloche que en ellos figuraron.

No se necesita leer el título del cuadro de Lemeunier para saber que los tipos en él pintados son parisenses: las dos jóvenes que por entre aquellos escombros y sobre aquellas frágiles tablas caminan, tal vez con el deliberado propósito de hallar un pretexto para mostrar en público lo que generalmente cubre la falda, tienen toda la gracia seductora de la mujer de París que ha sabido hacer un arte, por no

decir una ciencia, no sólo del vestido, sino que también de los movimientos, de los gestos, de las sonrisas, de las miradas y, en una palabra, de cuanto constituye la coquetería femenina.



REPOSO, cuadro de R. X. Prinnet. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

Reposo es una nota llena de verdad, admirablemente observada; en la postura de la muchacha recostada en el sofá se siente el descanso, su cuerpo está completamente abandonado y en él no se observa el menor esfuerzo.

Sol de octubre tiene toda la poética melancolía de las tardes otoñales en que la naturaleza, después de la ostentación espléndida de sus fuerzas durante el verano, parece que se prepara para sumirse en el sueño profundo del invierno y entregarse a esa misteriosa obra de elaboración que le permitirá resurgir hermosa y potente en la próxima primavera.

La escultura de Rocher-Bloche es altamente sugestiva: contemplando esas dos figuras que se abrazan como para comunicarse mutuamente el calor de sus cuerpos, nos da la impresión del frío y con ella despiertan en nuestro corazón los sentimientos humanitarios, que involuntariamente nos conmueven cuando en la estación inclemente pensamos en los pobres desamparados. — S.

NELSON EN SU CAMAROTE

DEL «VICTORY»

No son sólo los pueblos meridionales los que rinden culto entusiasta y ruidoso a sus héroes; también los menos impresionables, los que mayor calma aparentan, pierden su serenidad y su frialdad proverbiales para exteriorizar aparatadamente su admiración hacia los que ocupan un lugar señalado en su historia.

Dígalo si no Inglaterra; esta nación, que muchos pintan como impassible ante la fortuna y como inmovible ante la adversidad, no deja pasar un año sin conmemorar con grandes solemnidades públicas el recuerdo del combate naval de Trafalgar y guarda como reliquias venerandas en sus museos y en sus arsenales hasta los más insignificantes objetos que tienen relación con aquella jornada y con el hombre que proporcionó aquel día de gloria a su patria, el almirante Nelson.

Nelson es indudablemente una de las figuras más grandes de la historia moderna de Inglaterra: su biografía no puede encerrarse en los estrechos límites que nos hemos impuesto al trazar estas líneas, ni entra tampoco en nuestros propósitos el escribirla. Baste

decir que a la edad de treinta y ocho años había tomado parte y casi siempre triunfado en más de ciento veinte combates y que su carrera brillante terminó gloriosamente en la batalla de Trafalgar. El

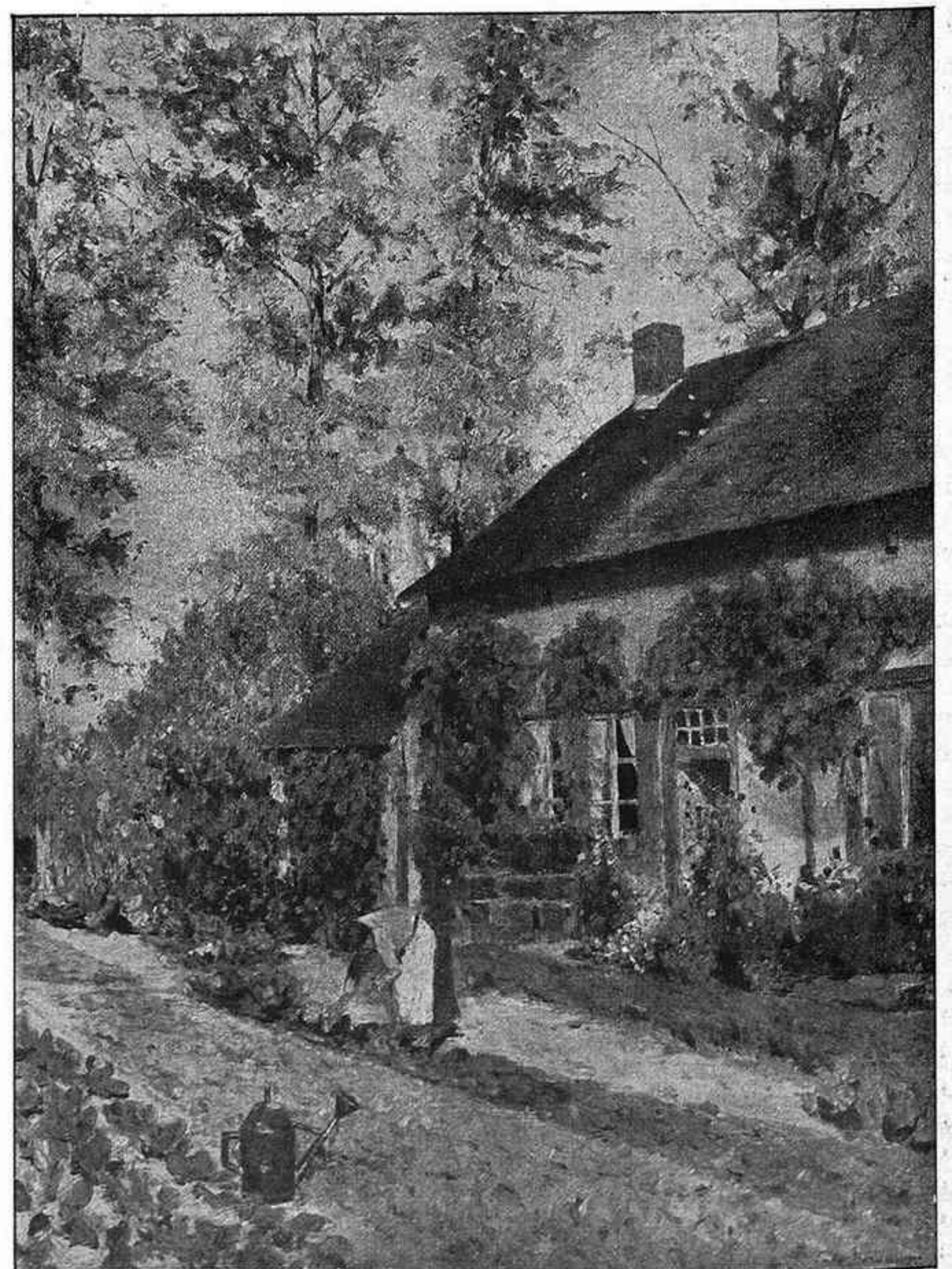
hecho de haber sido en ella vencidos, por culpas de nuestros aliados en aquel entonces, no ha de ser óbice para que reconocamos los merecimientos del adversario, tanto menos cuanto que españoles fueron los que en las Canarias le infirieron la única derrota que sufrió durante su larga historia militar. En Trafalgar murió Nelson cubierto de gloria; pero también de gloria se cubrieron allí nuestros Gravina, Churrua, Alava, Valdés y tantos otros, y si aquél antes de comenzar la acción mandó hacer aquella célebre señal que electrizó a la escuadra: «La Inglaterra espera que cada uno hará su deber,» los marinos españoles no necesitaron de tal excitación para cumplir el suyo, ofreciéndose como víctimas propiciatorias al sacrificio a que extranjeros jefes los llevaban, peleando como héroes y muriendo como mártires.

Inglaterra no se mostró ingrata con Nelson, antes bien premió con mano dadivosa los servicios de su más ilustre marino. El parlamento otorgó, a petición del ministerio, una renta vitalicia de

1.000 libras esterlinas a su viuda. Al hermano mayor de Nelson se le confirió el título de conde de este nombre con una renta perpetua de 6.000 libras esterlinas y el Estado empleó 100.000 en la adquisición de fincas para formar el mayorazgo que debía dar a aquel título mayor lustre. Además, cada una de sus hermanas recibió 10.000 libras.

Nelson fué enterrado en Westminster; en Londres se erigió un grandioso monumento a su memoria y en todas las principales ciudades se le levantaron estatuas. En el sitio donde murió, en el sollado del *Victory*, se lee la siguiente inscripción encerrada en una corona de laurel: «Aquí murió Nelson.»

El retrato que en la siguiente página publicamos es debido al famoso pintor inglés Carlos Lucy, y de su exacto parecido da testimonio un certificado suscrito por varios marinos compañeros del almirante. — B.



SOL DE OCTUBRE, cuadro de E. Barau. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

NELSON EN SU CAMAROTE DEL «VICTORY,» CUADRO DE CARLOS LUCY (1814-1873)



El parecido de este retrato está atestiguado por un certificado que en 1853 firmaron en Londres varios almirantes, capitanes y oficiales de la armada inglesa que habían conocido personalmente á Nelson y servido á sus órdenes y que en dicho documento consignan su admiración hacia el pintor por la fidelidad con que trazó en el lienzo las facciones y los rasgos característicos del almirante

UN CABECILLA

De aquel molinero, viejo y silencioso, que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del Monte Rouriz, guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus acciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiésemos quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa, que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle. Era nudoso, seco y fuerte como el tronco de una vid patriarcal; los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentan en las ocididades de los pómulos las estatuas de los claustros desmantelados; sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta á batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida á su hijo Juan María y se internaba en la montaña, solo y seguro, como lobo que tiene en ella su cubil. Cuando menos se le esperaba reaparecía cargado con su escopeta, llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano, de aspecto torpe y asustadizo, que de fuerza ó de grado venía á engrosar las filas.

A la ida y á la vuelta solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban «las familias», que eran los nietos, y de las piedras que molían. Cierta tarde de verano llegó y hallólo todo en desorden. Atada á un poste de la parra la molinera desdichábase y llamaba inútilmente por sus nietos que habían huído á la aldea; el Morito aullaba con una pata maltrecha en el aire; la puerta estaba rota á culatazos; el grano y la harina alfombraban el suelo; sobre la artesa quedaban aún relieves del «yantar» interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño revuelta y destripada... El cabecilla contemplaba aquel desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse acercóse á su mujer, murmurando con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

— ¿A qué hora vinieron los civiles? ¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos, que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía. El marido la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado:

— ¡Ay, demonio! ¡No eres tú la gran condenada que á mí me engaña! Tú les has dicho dónde estaba la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo.

— ¡Arrepara, hombre, de qué hechura esos verdugos de Jerusalén me pusieron! ¡Atada mismamente como Nuestro Señor!

El guerrillero repitió, blandiendo furioso la escopeta:

— A ver cómo respondes, ¡frúñela! ¿Qué les has dicho?

— ¡Pero considera, hombre!..

Calló dando un gran suspiro sin atreverse á continuar, ¡tanto le imponía la faz arrugada del viejo! El no volvió á insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba á matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra la empujó, obligándola á que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear:

— ¡Ay, hijos de mis entrañas, por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir dónde estábades! ¡Vos como soles, yo una vieja con los pies para la cueva! Precisaba de andar mil años

peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay, mis hijos, mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía mesándose los y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empu-

daban trémulas las lágrimas. Sus manos, agitadas por temblequeo senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario. Inclínose golpeando el pecho y besó la tierra con unción.

— ¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

— ¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta á la cara y apuntar, se levantó des-pavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos.

— ¡No me mates! ¡No me mates por el alma del..

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada.

El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce y huyó en dirección de la montaña.

Había columbrado hacía un momento en lo alto de la trocha los tricornos enfundados de dos guardias civiles.

* *

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera asaz expresiva con que despedí en la Venta de Brandeso al antiguo faccioso, hartado de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge, tallada en viejo y lustroso roble.

R. DEL VALLE-INCLÁN.

UNA EXCURSIÓN

AL MONTE SALEVE

Dos cosas atraen principalmente la atención del excursionista, consagrado al estudio de la Naturaleza: el mar y la montaña; la extensión dilatada de las aguas y la prodigiosa altura de donde jamás desaparece la blanca nieve. Dice Darwin, al terminar el relato de aquella

circunnavegación donde tanto aprendió, que nada instruye mejor á los naturalistas jóvenes que los viajes á países lejanos, y de la propia manera, generalizando el concepto, podríamos decir respecto de la montaña, que su exploración no es sólo un atractivo, constituye al propio tiempo una enseñanza, grandemente útil para quien, al respirar el puro aire de las alturas, sabe aprovecharla.

No existen en las inmediaciones de Ginebra montañas muy elevadas; aunque se ve, en días claros, hay que ir lejos para encontrar la cadena hermosísima del Monte Blanco, y llegar casi hasta el término del lago para divisar la oscura masa del Diente del Mediodía, con su silueta tan recortada, y sin embargo las alturas más fácilmente ascensibles desde la gran ciudad, con no pasar la mayor de unos dos mil metros sobre el nivel del mar, ofrecen al excursionista un interés muy grande y sirvenle como de preparación ó ensayo para las mayores excursiones, antes muy penosas, facilitadas ahora, á lo menos en gran parte, con los ferrocarriles de montaña, casi todos ellos de tracción eléctrica y admirablemente dispuestos, libres de todo riesgo y funcionando con la regularidad más perfecta. Han proporcionado comodidades; pero el buen alpinista prefiere sus herrados zapatos y su alto bastón; lo esencial en sus excursiones es hacerlas á pie, parándose donde bien le place y caminando por la vereda que le acomoda.

Todo buen ginebrino sube, á lo menos una vez cada año, á lo alto del gran Salève, aquella montaña situada al Sudoeste de la ciudad y en territorio de Francia, y no hay extranjero que no visite semejante altura, desde la cual se puede gozar la vista de un hermoso y variado paisaje. No es penosa la ascensión; puede hacerse sin dificultad en todo tiempo, y los poco aficionados á subir cuevas tienen á su disposición nada menos que dos ferrocarriles eléctricos de cremallera, por cierto muy cómodos, los cuales, trepando por la falda de la montaña, salvando rápidas pendientes y curvas de poco radio, un puente



EL ANTICUARIO, dibujo de Alberto Steiner

jaba con la culata de la escopeta, pero sin brusquedad, sin ira, como á vaca mansísima, nacida en la propia cuadra que por acaso cerdea. Salieron de la era, abrasada por el sol de un día de agosto, y después atravesaron los prados del Pazo de Melias y se internaron en el hondo caminejo de la montaña, tan fresco con sus humedades de gruta, tan fragante con sus setos de florido saúco, tan lleno de alegres sustos con sus pasaderas bailarinas, tan amenazador con sus revueltas y encrucijadas, tan trágico con sus cruces negras que recuerdan algún sangriento suceso, y tan viejo, tan viejo, que hasta en las lajas tiene impresas las huellas de los carros, surcos llenos de agua turbia que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo en la trocha sombría, granítica y salvaje.

Anduvieron sin detenerse hasta llegar á una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas chafarrinado de añil y almazarrón. El cabecilla encaramóse sobre un bardal y oteó receloso cuanto de allí alcanzaba á verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón se santiguó con beatitud respetuosa de cristiano viejo.

— Sabela, arrodíllate junto al retablo de las benditas.

La mujer obedeció temblando.

— Encomiéndate á Dios, Sabela.

— ¡Ay, hombre, no me mates! ¡Espera tan siquiera á saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El molinero se pasó la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de madera con engaste de alambriño dorado, y diólo á la vieja, que le recibió sollozando. Aseguróse mejor sobre el bardal y murmuró austero:

— Está bendito por el señor obispo de Orense con indulgencias para la hora de la muerte.

El mismo se puso á rezar con monótono y frío visviseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fué poco á poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas que-

inclinado y un túnel, llegan hasta muy cerca de la clásica hostería de los Trece Arboles, obligado punto de descanso de todo excursionista y lugar eminente para contemplar el hermoso panorama de Ginebra con su lago azul, la cadena del Jura y la ingente masa del Monte Blanco.

Muchos caminos, todos ellos excelentes, puede seguir el buen excursionista en el monte Salève, y no es el mejor para este caso el más directo, ni tampoco el más fácil. Componen la masa de la montaña que domina á Ginebra tres partes distintas, á saber: el pequeño Salève, hacia el Norte, con 902 metros de altura, separado por una depresión ó garganta bastante baja del gran Salève, cuya cima se eleva á 1.304 metros, y los *Pitons*, todavía más altos, á 1.383 metros sobre el nivel del mar. En este mismo orden puede hacerse la subida á la montaña, tomando por la carretera que va á Chêne, delicioso pueblecito, patria de Luis Favre, á quien es debida la perforación del túnel del San Gotardo, servicio premiado por sus paisanos con una estatua de bronce, y siguiendo á Momex, que ya está en la vertiente Sur del pequeño Salève: es el antiguo camino de coches, muy frecuentado durante el verano.

Jamás he seguido esta ruta en mis excursiones; prefiero otra, menos fácil, pero más pintoresca y variada. Saliendo de Ginebra, se atraviesa un magnífico puente sobre el Avre, y algunos minutos después llégase á la simpática villa de Carouge, y no se pierde el tiempo recorriéndola y admirando el soberbio y monumental edificio donde la municipalidad tiene alojadas las escuelas públicas; por estas latitudes no hay nada parecido. De Carouge, siguiendo un camino delicioso, bien poblado de variedad de árboles y desde el cual se puede contemplar, de un lado la planicie de Ginebra, con algo del lago, tan cultivada que parece un inmenso jardín, poblado de flores y verdura y adornado con multitud de preciosas casas de campo y de labor de los tipos más variados, se llega á Veyrier, límite del Cantón ginebrino y de Suiza, no sin haber contemplado durante el trayecto y del otro lado del camino la masa de la montaña, toda formada de una



ENSUEÑO, cuadro de Juan Brull. (Salón París.)

particular caliza, poblada de árboles y verde hasta la misma cúspide.

Comienza en Veyrier la ascensión propiamente dicha, por un camino carretero que va faldeando la montaña, adquiriendo á cada punto más declive y llegando á ser perezosa cuesta al pie de la depresión

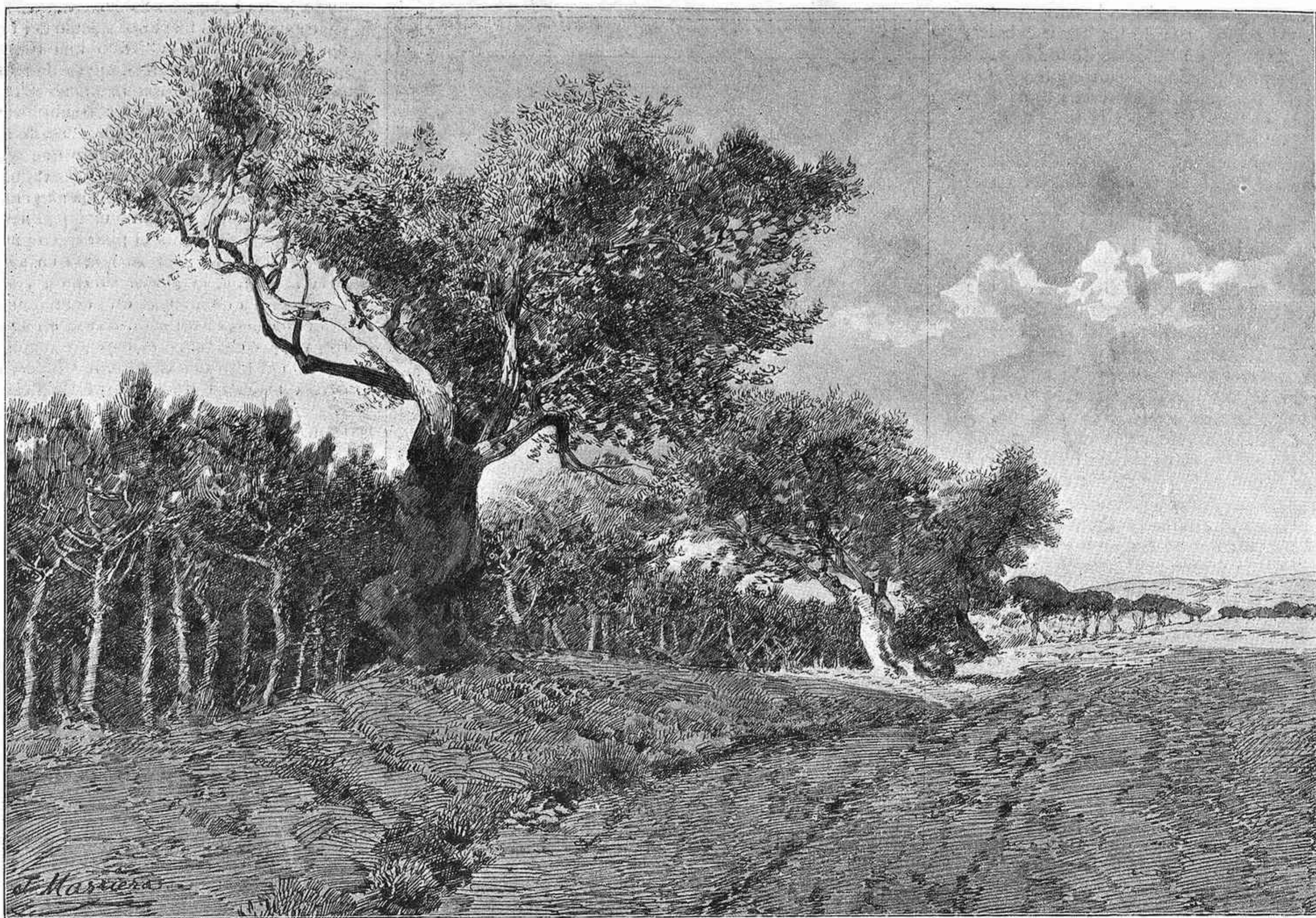
que separa el pequeño Salève del gran Salève; estamos en el mayor obstáculo del camino y lo vencemos subiendo una bastante larga y empinada escalera, cuyos desiguales peldaños están con rara habilidad tallados en la propia roca; no es cómodo subirlos; mas al llegar al último hállase compensada la fatiga por el hermoso espectáculo que se disfruta; estamos á 712 metros, rodeados de magníficos bosques de abetos: la garganta es bastante ancha y presenta una planicie extensa donde se asienta el pintoresco pueblecito de Monnetier, con su iglesia en medio. A la izquierda, conforme subimos, y sobre una pequeña eminencia, está el antiguo castillo; una bonita torre destácase en su centro, y lejos de tener el aspecto sombrío y tétrico del histórico castillo de Chillon, ó la severa majestad de la negra fortaleza de Aigle, es alegre. De fuerte destacado lo transformaron en cómodo albergue, y desde sus almenas ó de lo alto de su torre puede verse, como á vista de pájaro, casi todo el Cantón de Ginebra y el conjunto de la ciudad, con sus dos ríos, el Arve, siempre turbio, y el Ródano, siempre azul.

Más á la izquierda, y cerrando por aquel lado el paisaje, está el pequeño Salève, todo cubierto de abetos, cuyos tonos verde-oscuros tan bien componen en el paisaje alpino. Entre ellos destácase, á mitad de la altura del monte, la casa señorial de los Gosse. A la derecha, mirando á Monnetier, yérguese el gran Salève, más escarpado, y siguiendo la planicie que á la altura de aquel pueblecillo separa las dos montañas, llégase á la parte opuesta del castillo y se divisa otro paisaje no menos hermoso, las tierras de Saboya, altas, no tan pobladas, y á lo lejos algunos lagos pequeños, donde se estanca el agua procedente de las nevadas montañas que por aquel lado cierran el paisaje, y cuyos picos sólo pueden verse libres de nieblas, brumas y vapores contados días del año.

Un descanso en Monnetier y un vaso de excelente leche animan para seguir la jornada. Hay un buen camino real, aparte de la vía eléctrica, que llega hasta la misma planicie de los Trece Arboles, punto culminante del gran Salève; pero se acorta mucho la



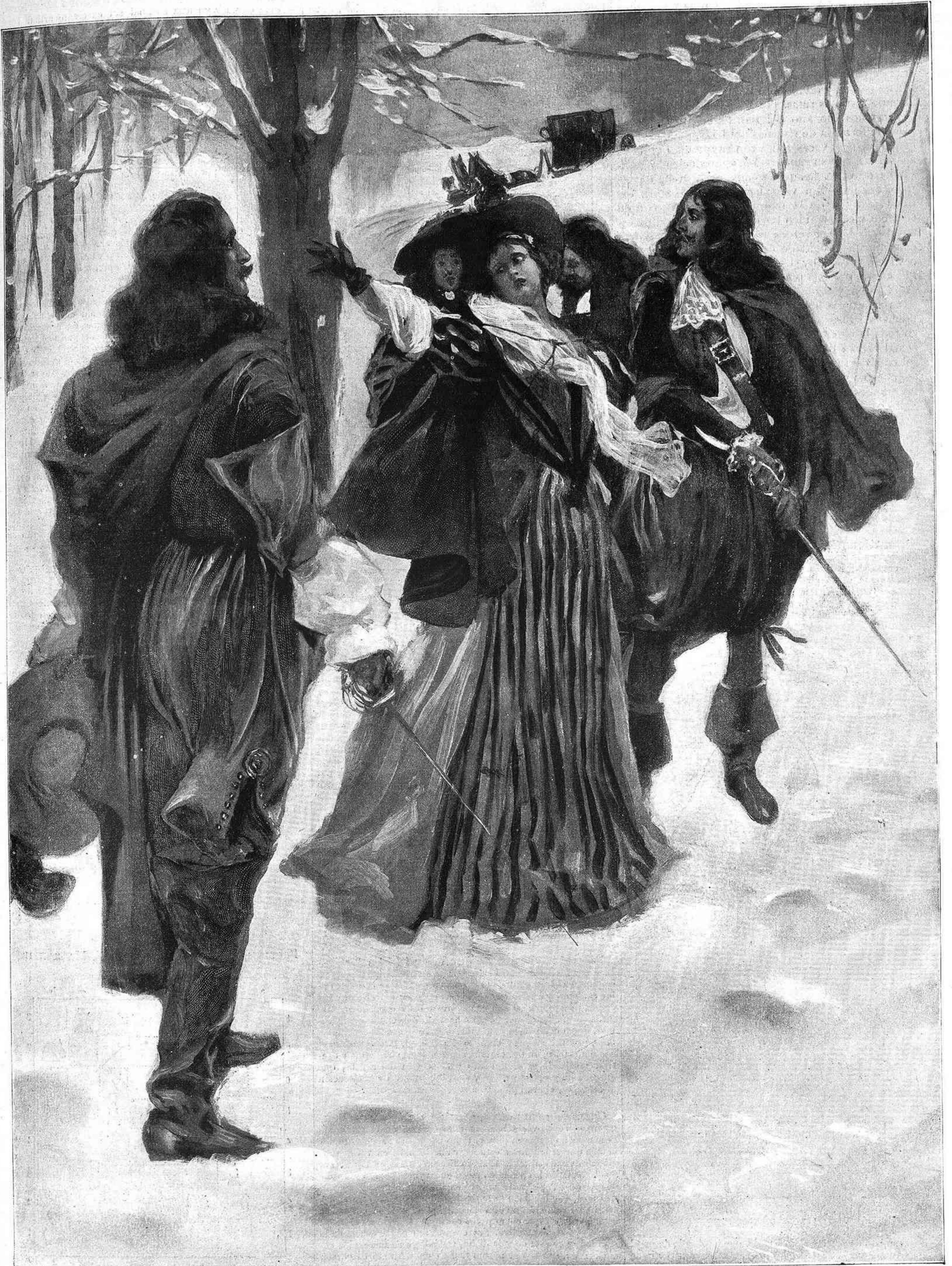
Carmen granadino, cuadro de Ricardo Brugada. (Salón París.)



Paisaje, dibujo original de José Masriera



Paisaje, dibujo original de José Masriera



EL DUELO, cuadro de Hal Hurst

subida, aunque no se hace con tanta comodidad, haciéndola por veredas y senderos muy pendientes que se desarrollan entre la variada y espléndida vegetación de coníferas ó atraviesan praderas esmaltadas en el verano de olorosas florecillas. En un punto de los más dominantes de la subida hay una gran cruz de piedra, la cual suele indicarse á modo de lugar de parada y reunión de viajeros amigos que han seguido distintas rutas.

Llegamos á lo alto del gran Salève, una extensa planicie formada de risueñas praderas, donde se apacientan mansas vacas, todas con sus grandes esquilas acordadas, que suenan armónicas produciendo gratísimo efecto. Desde aquella eminencia, en día despejado, hay una gran vista; por el lado de Suiza extiéndose al pie de la montaña la fértil llanura de Ginebra y el magnífico lago Lemán, cuyas orillas están dibujadas por verdes arboledas, viñedos y tierras con minucioso cuidado cultivadas; luego, la cadena del Jura, tan igual y simétrica, con sus nevadas crestas, cierra, por esta parte, el horizonte. Al otro lado está Saboya, y desde la cumbre del Salève distínguese aquella tierra baja, poco accidentada, con sus diminutos lagos. Enfrente aparece entera, magnífica, en toda la plenitud de su belleza, la cadena completa del Monte Blanco, cuyos nevados picos brillan al sol como si fuesen de bruñida plata; el espectáculo es soberbio y muy apropiado para formarse idea de los grandes paisajes alpinos del alto Valois y de la Suiza central, tan famosos y renombrados.

Partiendo del gran Salève, en poco tiempo se llega á la altura de *Pitones*, y desde allí se desciende á Ginebra, habiendo invertido algunas horas en un delicioso é instructivo paseo.

BENITO GALLEGO.

NUESTROS GRABADOS

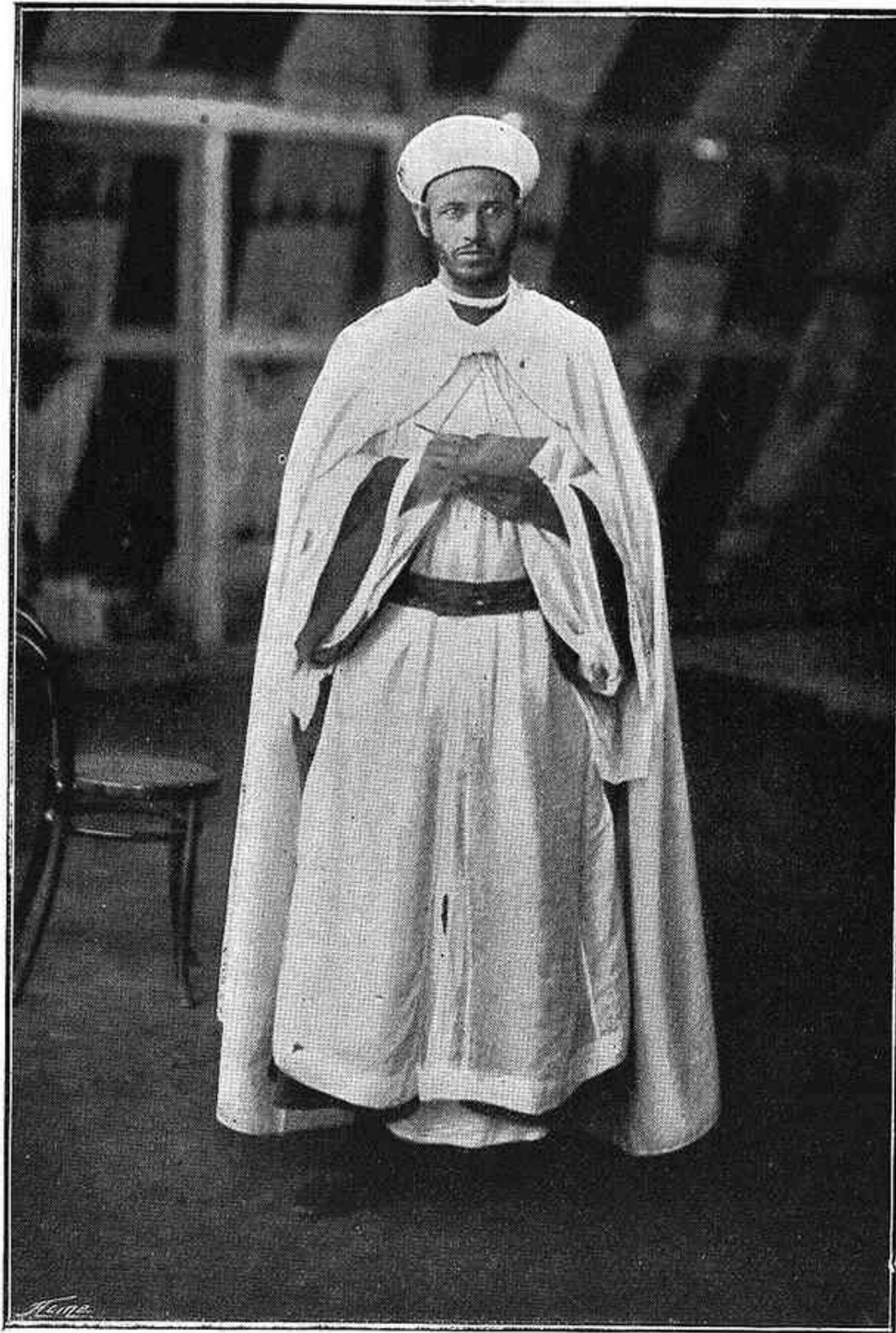
El anticuario, dibujo de Alberto Steiner.—La afición á cosas antiguas, que en otro tiempo sólo tenían contadas personas á quienes su manía hacía aparecer como gente extravagante, se ha generalizado de tal manera, que hoy no hay, por decirlo así, familia regularmente acomodada que no considere como elemento decorativo indispensable de su casa alguno de esos objetos artísticos que de los pasados siglos se conservan, ni hombre medianamente educado que no pretenda ser un inteligente en la materia. Esto ha hecho que cambiara



ESTUDIO, dibujo de Otón Greiner

por completo de aspecto el anticuario, que ha dejado de ser el tipo extraño que la tradición nos presentaba envuelto en raído levitón, cubierta la cabeza con mugriento sombrero y caladas siempre las antiparras, para convertirse en un hombre pulcro, vestido á la última moda y con el indispensable monoculo. Hablamos naturalmente en tesis general, lo cual quiere decir que, como en todo, existen también en esto algunas excepciones, fieles á los tradicionales usos. El anticuario que con tanta maestría ha dibujado el notable artista inglés Alberto Steiner pertenece á esa que hoy en día es regla general, y no se diga que se trata de un aficionado de mentirijillas, pues basta fijarse en el

interés con que examina la estatuita que en su mano sostiene para comprender que se trata de un inteligente legítimo, de un verdadero apasionado.



EL TOKEE, ministro de la Guerra de Marruecos, jefe de la misión imperial que actualmente se encuentra en Londres

El Tokee, ministro de la Guerra de Marruecos.—La cuestión marroquí viene desde antiguo preocupando á la diplomacia europea; pero de algún tiempo á esta parte ha tomado grandes proporciones, llegándose á temer que ella sea la chispa que prenda fuego á la mina y produzca una conflagración entre las grandes potencias. Francia é Inglaterra son, al parecer, las naciones entre quienes ha de surgir el conflicto que, de producirse, habría de resolverse, bien apelando á las armas, bien recurriendo á negociaciones diplomáticas; en uno y en otro caso es de presumir que Marruecos habría de tocar, con gran perjuicio suyo, las consecuencias. Por esto, sin duda sangrándose en salud, ha enviado Abdul-Azís á Europa dos embajadas, una á la corte de Inglaterra y otra á Francia, con misiones que hasta ahora no han llegado aún á ser del dominio público, pero á las cuales se atribuye grandísima importancia. Al frente de la embajada inglesa figura El Tokee, cuyo retrato reproducimos en esta página, ministro de la Guerra de Marruecos y el hombre más importante de aquel imperio.

Estudio, dibujo de Otón Greiner.—Como en el número 1.009 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de este artista y de sus obras, nos limitaremos hoy á llamar la atención de nuestros lectores sobre la perfección con que está dibujado el estudio que en esta página reproducimos y que es una demostración más de las dotes que adornan al justamente celebrado Otón Greiner.

Ensueño, cuadro de Juan Brull (Salón Parés).—Bien merece Juan Brull el doble calificativo de hábil pintor é inspirado artista. En todas sus obras manifiéstase con este doble carácter, y á tales circunstancias debe su notoriedad y sus éxitos, puesto que así han de calificarse las recompensas obtenidas en públicos concursos. La hermosa cabecita que publicamos, digna compañera de las que tantos aplausos le han reportado, produce singular encanto. La actitud, la entonación, el conjunto, todo, en fin, entraña cierto misterio que atrae y cautiva, revelando el sentimiento y delicadeza del artista, que atento á un propósito noble y elevado, subordina la ejecución al concepto, el ideal plástico á la sugestiva expresión.

Carmen granadino, cuadro de Ricardo Brugada.—Varias veces hemos tenido ocasión de elogiar como se merece á este joven pintor, tanto por lo que vale cuanto por el afán que le impulsa á estudiar cada día más, en vez de dormirse sobre los laureles. Ricardo Brugada nació en Barcelona, y aquí ha dado los primeros pasos en su carrera; pero un viaje de estudio á Andalucía despertó en él tal entusiasmo por aquella tierra, que hoy bien se le puede calificar de artista andaluz que siente como el que más las bellezas de aquella naturaleza incomparable y que como pocos consigue trasladarlas al lienzo con fidelidad maravillosa. Sus cuadros son copia exacta de la realidad, y con esto queda dicho, tratándose de una región como aquella, que son al mismo tiempo un portento de poesía. El *Carmen granadino*, que hoy reproducimos, es una nueva y elocuente demostración de las excepcionales aptitudes de Brugada para el cultivo del género á que se dedica: la figura de la joven que está cosiendo al sol, las flores y los árboles, de luminosas transparencias, los palomos que picotean en el suelo, la luz del sol que al través del follaje se filtra determinando difíciles efectos de claroscuro resueltos con habilidad suma, y el ambiente general de la composición, todo lleva impreso un sello de verdad que seduce y convence.

Paisajes, dibujos originales de José Masriera.—A la galantería y buena amistad del excelente artista José Masriera debemos la ocasión de publicar en esta Revista dos de sus notables dibujos originales, estudiados con la cuidadosa atención que constituye su característica y ejecutados con su proverbial maestría. Uno y otro reproducen con fidelidad paisajes de nuestro país, distinguiéndose por su vigor y firmeza y por ese especial encanto que imprime en sus producciones el merísimo pintor, gloria indiscutible de nuestro renacimiento artístico. Acepte este testimonio de la consideración que nos merece y con él la sincera expresión del afecto que le dedicamos, á que tiene indiscutible derecho por sus cualidades.

El duelo, cuadro de Hal Hurst.—Al contemplar este interesante lienzo y al comparar la escena que representa con otras análogas de nuestros días, no podemos menos de exclamar: *quantum mutatus ab illo!*, ó dicho en romance: ¡cómo cambian los tiempos! El duelo ha sido siempre, á lo menos examinado desde los puntos de vista religioso y social, una costumbre bárbara ó ridícula, según las condiciones en que se haya verificado; pero antiguamente siquiera tenía cierta solemnidad, revestía ciertas formas de misterio que parecen las más adecuadas cuando se trata de lances de honor. Hoy no sucede esto en la generalidad de los casos; todo el mundo sabe dónde el desafío debe verificarse, y si se trata de algún duelo sensacional, asiste á presenciario un público escogido y no faltan fotografías que impresionan placas y películas que luego aparecen reproducidas en ilustraciones ó exhibidas por el cinematógrafo. El interés dramático que encierra el cuadro de Hurst que publicamos ha desaparecido por completo; hoy no podría desarrollarse una escena como la que el pintor presenta, ni siquiera como la que inspiró á Garnelo su famoso *Duelo interrumpido*. En cambio, los lances no tienen actualmente las graves consecuencias que antes tenían, en gracia á lo cual bien puede perdonarse y aun aplaudirse que el desafío se haya, por decirlo así, desnaturalizado.

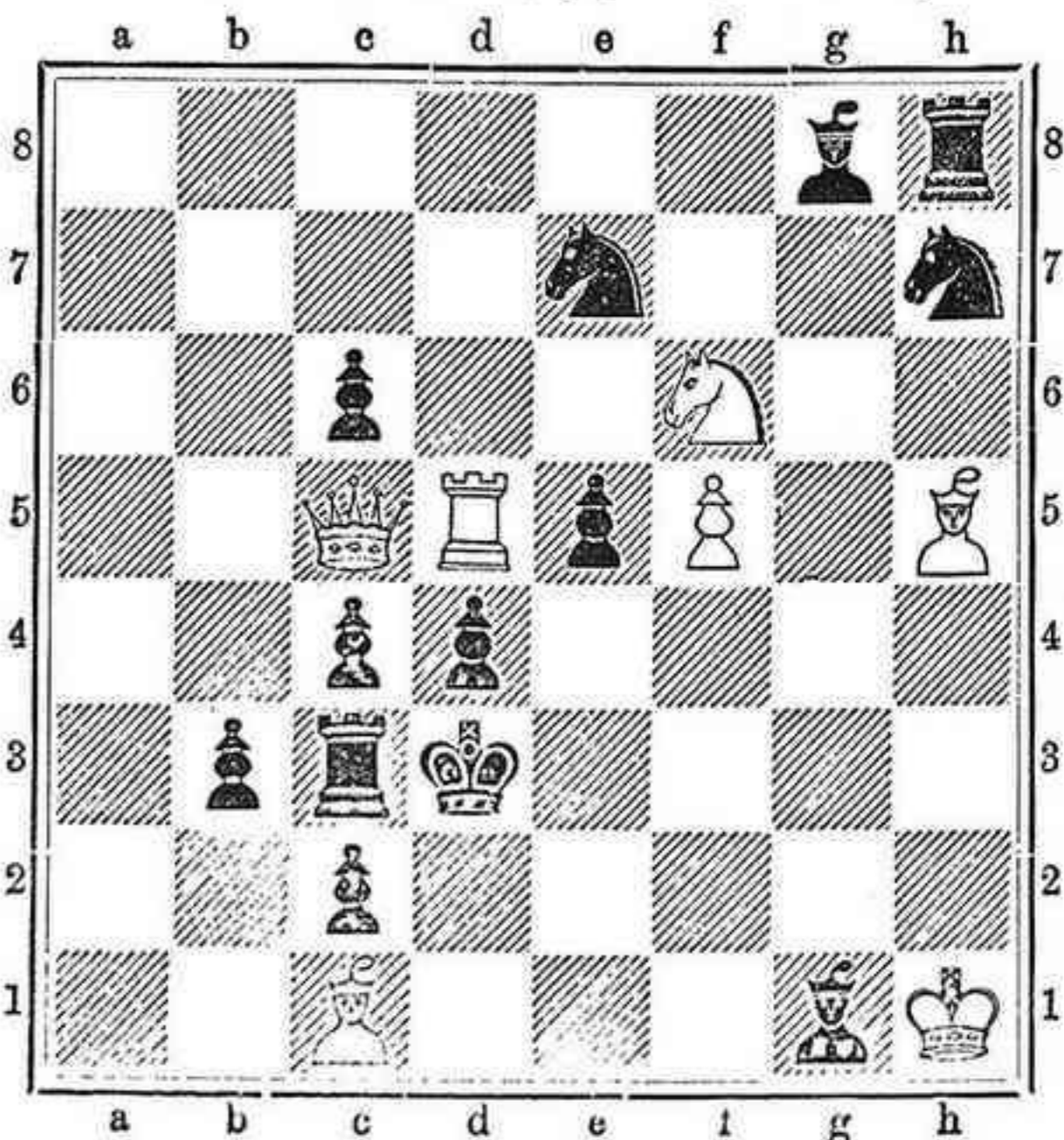
La festividad de la Virgen del Carmen, cuadro de Joaquín Luque Roselló.—La tradicional festividad de la Virgen del Carmen, hállase fuertemente ligada con las costumbres de nuestro país, en donde el culto que se rinde á la que fué augusta madre del Crucificado ha inspirado al distinguido pintor Luque Roselló el hermoso cuadro que reproducimos en estas páginas, trasunto de la solemne ceremonia que se celebra en las catedrales de las poéticas ciudades de la región meridional de la península que tan honda impresión producen al creyente y al artista, ya que en su aspecto ofrecen dobles caracteres, motivados por la creencia y el amor que se dedica á la Virgen, que la mujer española invoca siempre, cual si en ella se representara la genuina personificación del cariño maternal.

Marina, cuadro de José M. Marqués (Salón Parés).—Tras diversos tanteos, vuelve Marqués al palenque que eligió hace algunos años y que tantos triunfos le reportara. No queremos decir con ello que no haya demostrado su inteligencia y recomendables aptitudes en los demás géneros que diversamente ha cultivado; mas le felicitamos sin reserva por sus últimas obras, puesto que todas y cada una de ellas llevan impreso el sello de su personalidad, distinguiéndose, cual la que reproducimos, por su feliz interpretación y por la grandiosidad del concepto, condiciones que la avaloran y le prestan especialísimo encanto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 245, POR A. F. MACKENZIE.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 244, POR M. FEIGL.

- Blancas. N...
 1. Dh4-e7 I. Cualquiera.
 2. D ó C mate.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONCLUSIÓN)

Andiguiet no tenía más familia que unos parientes lejanos á los que apenas veía. Había sido compañero y amigo en su juventud del abuelo Monterán, así lo creía al menos Evelina, y había traspasado su cariño á Antonieta y después á su hija. Esta no había nunca asociado la idea del amor á la imagen de aquel hombre, al que conoció más que cuarentenario, con el pelo gris y con la cara prematuramente envejecida. No sospechaba las profundas raíces de aquel sentimiento que se manifestaba en tan magníficas flores espirituales ni con qué rocío de lágrimas secretas se habían nutrido aquellas flores.

Pero no es necesario conocer las causas ni la naturaleza de un sentimiento para saber su fuerza y su vitalidad, ni para adivinar que ciertas tristezas deben proceder de la parte más viva del corazón. Esa parte más viva era en Andiguiet el recuerdo de la amiga desaparecida, Evelina lo sabía bien, y en presencia de la pena que ahora le consumía, debió pensar: «No le he visto nunca así desde la muerte de mi madre...» Al terminar la conversación en que Andiguiet pretextó la neuralgia para explicar su decaimiento, Evelina pensó instintivamente: «No estaría de otro modo si se tratase de mi madre...» Y por primera vez acudió á su pensamiento, vaga y confusamente, la hipótesis de que la muerta estuviese relacionada, de un modo incomprensible, con el misterio que la preocupaba...

Una singular observación precisó un poco aquella suposición incierta é informe. Volvía de su paseo, á las seis, como de costumbre, el mismo día en que habló con Andiguiet, y después de haberse puesto un traje de casa se dirigió para descansar al saloncillo. Al abrir la puerta encontró allí á Malclerc en pie y mirando atentamente una fotografía que tenía en la mano. Al ruido de la puerta, Esteban puso el cuadro en la mesa con un movimiento brusco, como si hubiera sido cogido en una falta. Evelina observó que su marido temblaba un poco y que tenía en el semblante aquella mala expresión que le era tan dolorosamente conocida. El retrato que Malclerc acababa de poner sobre la mesa era el de la señora de Duvernay. Evelina, muy sorprendida, dijo sin dar importancia á su pregunta:

— ¿Estabas mirando el retrato de mamá? Es en el que más me parezco á ella, ¿verdad?..

— Eso es precisamente lo que me hacía mirarle, respondió Esteban vivamente.

Y en seguida, sin transición alguna, se puso á contar una historia que acababa, según dijo, de saber en el círculo, y su cara volvió á tomar esa calma voluntaria en la que Evelina descubría el propósito, tan irritante para ella, de escapar á su investigación. La voz de Malclerc tenía su acento ordinario de afectada naturalidad y ningún signo de emoción se transparentaba en él, á pesar de que hacía un momento había sufrido una extraordinariamente fuerte.

Dejó aquella habitación casi en seguida, y Evelina se recostó en un sofá presa de un mundo de meditaciones... Miró á su vez la fotografía de su madre y se preguntó por qué su marido había parecido contrariado porque ella le sorprendiese con aquel retrato en la mano. ¿Qué pensamiento había despertado en él aquel retrato? ¿Por qué su mano había temblado al ponerle en la mesa? En cualquiera otra ocasión Evelina se hubiera contentado con hacerse estas preguntas, como tantas otras veces. Pero el convencimiento de que había un acuerdo entre Esteban y Andiguiet le había acostumbrado á asociar á los dos guardadores del secreto que pesaba sobre ella, y esta vez, por el mismo proceso de reflexiones que había hecho respecto del anciano, llegó á la conclusión, muy vaga y muy indefinida, de que el tal secreto se refería acaso á su madre.

— Es imposible, pensó en seguida; Esteban no la ha conocido...

Y al decir esta frase, volvió á dejar el retrato, también con un movimiento brusco. La irrefutable objeción de aquella imposibilidad material dominó por un instante al trabajo que se había ya realizado inconscientemente en su espíritu. «Me vuelvo loca,» pensó, y para ahuyentar una idea que consideraba malsana, empezó á ocuparse en una de las labores

que estaba preparando para el niño que iba á venir. Era un gorrito de ese punto tan lindamente llamado *frivolité*. La atención que exigía el manejo de la lanzadera engañaba de ordinario su pensamiento, y el genio de resignación, que era una de las gracias y una de las fuerzas de su naturaleza, se despertaba en ella en esos momentos. Evelina se esforzaba por absorberse en los cuidados que exigía la próxima venida de su hijo al mundo.

Pero aquella vez su absorción en esa minuciosa tarea duró apenas unos minutos. Pronto dejó la labor en un veladorcito que tenía á su alcance, dominada por un recuerdo que acudía á su memoria: el de la primera visita que hizo con Esteban, antes de casarse, á aquel hotel que debía ser suyo. ¡Qué extraña había sido su actitud en aquel momento! Apenas entró en el saloncillo, especialmente, ¡qué nervioso se puso y qué molesto! ¡Con qué prisa había querido marcharse, como si la estancia en aquella habitación le fuese insostenible! Después, Esteban parecía inquieto en aquella casa y huía de ella como se huye de un sitio que recuerda algo ó á alguien... ¿A quién? No había más que una persona cuya imagen estuviese unida estrechamente á aquella morada, y esa persona era su madre...

Y de nuevo respondió á aquella idea, esta vez más dominante, con el «imposible» de hacía un momento; pero ya esta negación era más débil, menos categórica y menos decidida... Otro recuerdo surgió en su cabeza, olvidado también como tantos otros: en Hyères, cuando ella anunció que acababa de escribir á Andiguiet la noticia de su próxima boda, Esteban manifestó una profunda agitación y pareció mucho más inquieto de lo natural sobre el modo con que el anciano acogiera aquel proyecto. Su inquietud no desapareció hasta que llegó la respuesta. Esteban, sin embargo, no conocía entonces personalmente á Andiguiet; estaba segura, puesto que fué ella quien los presentó mutuamente mucho tiempo después. ¿En qué consistía que siempre había hablado de él en términos tan exactos y tan profundos, como de un hombre á quien se conoce por completo? ¿Era inadmisibles que una persona hubiera informado á Malclerc sobre el carácter de Andiguiet, y que esa persona fuese la señora de Duvernay?

— ¿Entonces Esteban la ha conocido? ¿Ha estado en relación con ella?.. ¿Dónde? ¿Cómo?.. ¿Por qué no habérmelo dicho? ¿Por qué?.. Pierdo la cabeza... No, no es verdad...

Y con esa repugnancia de lo que ella creía su buen sentido, se levantó del sofá y fué á prepararse para la comida, moviendo la cabeza con un ademán que no logró ahuyentar la idea dominante. Desde el momento en que la inteligencia ha concebido una hipótesis justa, hay en ella una exactitud de adaptación á los hechos que no nos permite rechazarla á voluntad. Durante toda la comida, como en los días siguientes, por mucho que se obstinó Evelina en negar como extravagante aquella posibilidad de que su marido hubiese alguna vez conocido á su madre, toda su fuerza de observación se concentró á pesar suyo en buscar los menores detalles que pudiesen confirmar ó desmentir esa suposición.

Observó así dos indicios que, aunque pequeños, eran muy significativos en el orden de ideas en que se había aventurado. Ni una sola vez, en todos esos días, pudo sorprender la mirada de su marido puesta en alguno de los retratos de la señora de Duvernay. Los había en gran número en la casa, y cuando la vista de Malclerc se encontraba con uno de ellos, pasaba rápida, como si la imagen no estuviese allí. Y aquel cuidado que Esteban ponía en no mirar los retratos, chocaba más á Evelina porque concordaba con el esfuerzo análogo que empleaba Andiguiet para evitar las conversaciones sobre la muerta. En otro tiempo, no hacía el viejo una visita á la calle de Lisboa sin que mencionase naturalmente el nombre de Antonieta á propósito de cualquiera de los recuerdos en que su corazón se caldeaba y se rejuvenecía. Ahora, cuando Evelina hacía alguna alusión á su madre, nunca la recogía Andiguiet.

En realidad, si la joven casada no hubiera estado sobre aviso por una serie de incidentes, hubiera po-

dido creer que se engañaba respecto de Malclerc, y que no había intención deliberada en ciertas distracciones de su mirada, demasiado constantes, sin embargo, para ser naturales. Pero en Andiguiet ese propósito preconcebido era indiscutible y revelaba en él unas disposiciones tan nuevas, un tal cambio de sus antiguas costumbres, que Evelina se veía acometida, en cada visita del viejo, del deseo agudo é imperioso de preguntarle: «¿Por qué no quiere usted que hablemos de mi madre?» Esa pregunta le quemaba el corazón y los labios..., pero no la hacía.

¿Qué respuesta iba á escuchar? No podía decirlo. Pero empezaba á invadirle la fiebre de la sospecha, y la idea, antes vaga y abstracta, se realizaba y se concretaba en su pensamiento. La posibilidad de que su madre figurase en el secreto de que era víctima su unión matrimonial, posibilidad que se traducía en suposiciones precisas, alternativamente admitidas y rechazadas, le daba una sed de certeza igual al deseo que siente un viajero sacudido por el océano de poner al fin los pies en tierra firme.

Esto excusa el acto de la pobre Evelina, tan contrario á su carácter, y al que fué arrastrada por la necesidad de llegar á una verdad, cualquiera que fuese. ¿Quién se atreverá á condenarla entre los que han pasado por esos accesos de imaginaciones alucinadoras, en las que las imposibilidades se borran y la inverosimilitud se convierte en realidad?

En esa serie de reacciones del pensamiento, en la que se suceden las hipótesis tan pronto triunfantes, tan pronto desechadas, Evelina se dió á pensar si el secreto que afectaba al mismo tiempo á Esteban y á Andiguiet, estaría relacionado con la muerte de su padre. Siempre le habían dicho que murió de una pulmonía contraída en la caza... ¿Sería esto una mentira destinada á engañar á la familia? ¿Moriría en desafío y sería Esteban su matador?.. Esa hipótesis extraordinaria cayó por tierra ante la sencilla reflexión de que en la época de esa muerte Esteban no tenía veinte años, y además la condesa Muriel hubiera estado al corriente del hecho...

Evelina buscó entonces por otro lado y se vió asaltada por otra suposición no menos quimérica y extraordinaria. ¿Se trataría de una cuestión de honor? Hay hombres que han cometido en su juventud alguna acción culpable y á quienes persigue toda su vida la amenaza de una denuncia. Todo su amor se sublevó contra tal suposición tratándose de su marido. Además una falta grave de Esteban no explicaba la actitud ni la pena de Andiguiet... ¿Sería?.. Pero á qué repetir una por una las fantasías malsanas de aquella sensibilidad tan pura, que entre todas las hipótesis una sola no se le ocurría... Todo le parecía posible excepto que su madre no hubiera sido la más honrada, la más irreprochable de las mujeres. ¡Pobre y generosa niña para la cual hubiera sido un sacrilegio imaginar siquiera la falta de que ella era víctima expiatoria!

Toda una semana se pasó en el tumulto de aquellas suposiciones ineficaces, sin que Evelina llegase á más resultado que el de exasperarse en torno del enigma más y más indescifrable que la oprimía. La proximidad del parto añadía á su ansiedad moral la angustia de los primeros embarazos. Deseaba á veces morir en el trance, pero el niño se agitaba en su seno, y el instinto de la madre se despertaba. Temía que sus trastornos morales repercutiesen en aquella vida todavía unida á la suya, y se esforzaba por calmar su inquietud y por desterrar la preocupación. Pero la entrada de su marido en la habitación, con una mirada y una sonrisa siempre afectuosas en la actualidad, volvían á ponerle enfrente del enigma...

¡Ay! Pronto iba á presentarse la ocasión de que Evelina supiera por fin lo que había detrás de aquella mirada y de aquella sonrisa. ¿Cómo iba á dejarla escapar?.. La escena decisiva iba á tener de nuevo por teatro la casa de Andiguiet, aquella casa de la calle de la Chaise que parecía tan poco á propósito para servir de cuadro al desenlace de un drama pasional. Hacía dos días que el dueño de aquella pacífica morada estaba realmente enfermo. Bien fuese porque en el curso de la última semana hubiese descuidado enteramente las precauciones que sostenían

su salud, bien que el padecimiento moral tuviese una repercusión inesperada en lo que los fisiólogos llaman tan exactamente el punto de menos resistencia, ello es que Andiguier fué presa de violentos dolores neurálgicos, localizados esta vez en el pecho. El médico, temiendo algún desorden del corazón, puso al anciano á la expectativa y le ordenó que guardase cama. Hacía, pues, dos días que Evelina iba por la tarde á enterarse de su estado y á hacerle compañía durante unas horas.

Cuando llegó, en el tercer día de enfermedad, el criado advirtió á la joven que no se asustase por la situación en que encontraría á su amo, pues para dominar el insomnio que le ocasionaban los dolores, se le había dado una dosis algo fuerte de cloral y de opio y estaba todavía bajo la influencia de aquellos medicamentos. Evelina entró en la alcoba; Andiguier dormía en efecto. Hizo seña al criado de que iba á esperar que su amo despertase, y se sentó en una butaca al pie de la cama en aquel cuarto donde se veían por todas partes señales del culto que el anciano profesaba á su dulce amiga. El crucifijo puesto sobre la cabecera había pertenecido á la madre de Evelina y ésta se lo había regalado á Andiguier, así como una acuarela que representaba el saloncillo del hotel Duvernay. Debajo de un fanal, á la cabecera de la cama, había un bucle de cabellos rubios y unas hojas secas. Eran cabellos cortados de la cabeza de la muerta, y hojas cogidas de un arbusto de su sepulcro. Después había una gran fotografía de la quinta de Este, en la que Andiguier había marcado con una crucecita la ventana del cuarto en que conoció á Antonieta en 1871. Enfrente, un estante contenía los libros prestados en otro tiempo á la señora de Duvernay.

Evelina sabía todo esto y no tenía más que mirar los retratos puestos encima de la chimenea, para encontrar á su madre en todas partes, como en su casa. Otros retratos, los de Evelina, atestiguaban el sitio que ésta ocupaba también en el corazón del anciano, cuya demacración resaltaba entonces en el abandono del sueño. Su respiración desigual y que á veces se profundizaba en un suspiro indicaba el sufrimiento. ¿Cuál? ¿Era la sensación física percibida á través del adormecimiento de la anestesia? ¿Era el recuerdo de aquella ansiedad sentimental, cuya causa sabía Evelina que estaba en el secreto contra el cual se estrellaba su dicha? La joven examinaba aquella frente arrugada, medio cubierta por unos mechones blancos, y pensaba: «¡Si yo pudiera leer ahí!»

Un objeto que vió en el suelo hizo detener de pronto la marcha de su corazón. Andiguier acababa de moverse en su sueño y había sacado un brazo de la cama. Evelina le cubrió el hombro con las ropas y este movimiento hizo caer sobre la alfombra el reloj y la cadena de Andiguier, que éste había guardado debajo de las almohadas. La cadena era de dos ramales y de uno de ellos pendían dos llaves que Evelina conocía muy bien.

Una era del arca de caudales y la otra del mueble del Renacimiento en que el coleccionador guardaba los papeles relativos á sus tesoros y donde había ocultado el diario de Malclerc. La joven ignoraba esto, como ignoraba la existencia del diario. Sin embargo, después de haber recogido el reloj, en lugar de ponerlo otra vez debajo de almohada, se puso á dar vueltas entre los dedos á la cadena con las llaves y á meditar.

¿Cuántas veces había visto á Andiguier hacer los honores de aquel mueble, de tan fino trabajo! Nunca dejaba el buen señor de explicar á sus visitantes el ingenioso mecanismo de la cerradura, que era una alhaja en otra alhaja... El haber puesto las llaves debajo de la almohada en vez de guardarlas en el cajón de la mesa de noche, era verdaderamente un exceso de precaución... ¿Contra quién?... Evelina estaba muy al corriente de sus costumbres para no saber que el anciano no empleaba en su casa sino á personas de toda confianza, á causa del inmenso valor de su museo. Sabía también que nunca tenía más dinero que el necesario para los gastos diarios. Así pues, si había ocultado las llaves, había sido por un temor que no tenía nada que ver con el dinero ni con los documentos técnicos del museo...

Evelina oprimió las llaves con la mano y cerró los ojos. Acababa de ver la mesa de despacho de su marido y en ella el sobre que éste había preparado en la noche de su tentativa de suicidio. «Al señor Andiguier» decía el sobre, y la imagen de aquellos caracteres le quemaba el pensamiento. Abrió los ojos, y como para huir de una horrible tentación que acababa de surgir en su espíritu, volvió á poner el reloj y la cadena debajo de la almohada. El enfermo no se despertó.

Evelina le miró de nuevo dormir y de nuevo se apoderó de ella la evidencia de la pena que aquel

hombre había sufrido en las últimas semanas. Había en aquella fisonomía inmóvil un tinte de tristeza muy diferente de su noble serenidad habitual, y la joven recordó haber visto aquella misma expresión en otra cara; en la de su marido. Todo lo que había existido de anormal y de amargo en su vida de casada se representó en su pensamiento con una intensidad torturadora. ¿Qué había ella hecho á Dios para sufrir aquella prueba tan cruel para una mujer? ¡Amar tanto á su marido y no verle dichoso; verle sufrir hasta el punto de quererle matar y no saber ni sospechar la naturaleza ni la causa de ese sufrimiento!..

Y esa causa la sabía Andiguier; Esteban se la había revelado... Pensar que los papeles que contenían aquella revelación estaban acaso allí, en el arca de hierro ó más bien en el mueble de la galería, que la joven veía en el pensamiento con las dos puertas abiertas, como tantas veces... Por uno de esos cálculos mentales que toman una exactitud casi visionaria, comparó el tamaño de los cajones con el del sobre que había visto en la mesa de su marido, y pensó que si Andiguier lo había guardado allí, debía haber sido en uno de los cajones de la parte baja.

Aquellos cajones aparecieron ante la mirada de su espíritu con su delgado tirador de hierro forjado... Creyó sentir en la mano el frío del hierro. Y aquella imagen fué incontrastable. Suavemente, muy despacio y temblando, de tal modo le aterraba la audacia de su propia acción, sus dedos se deslizaron debajo de la almohada y se apoderaron del reloj y de la cadena. Con la garganta apretada y el corazón saltando en el pecho, se levantó, llena de remordimientos, pero dominada, sin embargo, por una pasión más fuerte que su voluntad, por el deseo loco, frenético, de saber al fin la verdad.

Andando hacia atrás y sin perder de vista al viejo, fué hasta la puerta que unía la alcoba con la galería. El ruido de esa puerta al abrirse le hizo estremecerse desde la cabeza hasta los pies. Pero ya estaba en el museo, donde las Madonas de los grandes maestros, que la habían visto unos días antes hincarse de rodillas con tan ardiente fervor, la vieron ahora acercarse como una criminal al mueble tallado y probar en su cerradura las dos llaves. Cuando una vez abierto el mueble y habiendo sacado uno de los cajones, vió el gran sobre escrito de mano de su marido, su emoción fué tal que estuvo á punto de hacerle caer. Le pareció que oía en la alcoba el movimiento de alguien que despertaba... y ya no vaciló. Cogió el sobre, sus dedos sacaron las hojas de papel... y sus ojos cayeron en el nombre de su madre en el comienzo de una de las cuartillas.

Empezó por leer unas líneas, las que habían sido escritas en Milán: *No amo, no puedo amar á Evelina como he amado á Antonieta...* Y más líneas... y más aún... El horror de lo que acababa de descubrir hizo prorrumpir á Evelina en un grito desgarrador. Le pareció que todo giraba en torno suyo y que iba á morir. Las hojas del diario se escaparon de su mano y cayó al suelo desmayada...

Cuando recobró el conocimiento se encontró al lado de Andiguier, el cual había tenido la fuerza de colocarla en un sillón, sin la ayuda del criado y á pesar de su debilidad. Él solo había recogido los papeles y vuelto á cerrar el mueble. Evelina hubiera podido creer que había soñado si la bata que apresuradamente se había puesto el viejo no hubiera hecho ver que se había despertado por su grito y tirándose, para socorrerla, de su lecho de dolor. Al encontrar la mirada loca de inquietud de su anciano amigo, Evelina recobró el sentido de la realidad y se puso á temblar convulsivamente diciendo:

— Quiero ir á mi casa... Sufro mucho...

Después, al ver que Andiguier iba á hablar, su cara expresó un gran espanto y con voz de estertor dijo:

— No, ahora no... Más tarde... Necesito volver á casa... Me siento mal...

Y apoyó la mano en su seno con un gesto de angustia. Andiguier comprendió que el sacudimiento que acababa de experimentar había adelantado la hora de la maternidad y que aquel acontecimiento, del que esperaba la salvación, iba á realizarse en condiciones funestas. La certeza del peligro inmediato dió al viejo enfermo la energía de la juventud. En pocos minutos se vistió, transportó á Evelina á su coche, ayudado ya por el criado, y se fué con ella hacia la calle de Lisboa. Evelina, recostada en un ángulo del vehículo y presa siempre de un gran temblor, no pronunció una palabra durante el trayecto. Solamente un poco antes de llegar al hotel dijo á su compañero:

— Diga usted que no entre el coche; que no toquen el timbre... No quiero ver á nadie... á nadie...

Y estrechando con fuerza convulsiva la mano de Andiguier, continuó:

— ¡Ah! Evítame usted ese sufrimiento, amigo mío. — No verás á nadie, te lo prometo, respondió Andiguier.

Y añadió para tranquilizarla en ese punto:

— Yo me encargo de eso...

En realidad, ¿cómo impedir un encuentro posible con el marido? Si por una sencilla coincidencia salía al mismo tiempo, si oía el ruido de las puertas, si los criados le avisaban, todo podía echarse á perder... La perspectiva de esa posibilidad hacía ser tan trágico aquel momento, que cuando pasó el peligro fué Andiguier el que se sintió desfallecer. Se sentó en el saloncillo que precedía á la habitación de Evelina y allí le encontró Malclerc, como defendiendo la entrada. Apenas tuvo fuerza para señalar la puerta con una mano mientras se ponía la otra en la boca para recomendar al joven el silencio.

Malclerc comprendió por aquella mímica lo que acababa de suceder. La exclamación que iba á lanzar al ver la palidez del anciano se detuvo en sus labios, y en voz muy baja preguntó:

— ¿Lo sabe todo?

— Todo, respondió Andiguier también muy bajito.

Y se puso á escuchar como si temiera que aquel tenue murmullo llegara á los oídos de Evelina. Después contó á Malclerc todo lo ocurrido.

— Ahora, continuó, el coche ha ido á buscar al médico, que va á venir. Por Dios, no trate usted de verla... Piense usted que si da á luz así, bajo la influencia de tal emoción y antes de término, su vida está en peligro... Y usted mismo, acuérdesese de la palabra de honor que dió á Evelina... Renuévela por mí; júreme usted que no atentará á sus días.

— Necesito demasiado su estimación de usted, respondió Malclerc, para no portarme como un hombre...

Sus facciones expresaban en este momento una gran angustia y al mismo tiempo una especie de alivio.

— Tendré fuerza, continuó, ahora que puedo no mentir más. Pero escuche usted...

Y el horror contrajo de nuevo su semblante. Un gemido desgarrador acababa de anunciarles que el terrible trabajo iba á empezar.

— ¡Siempre que el médico llegue á tiempo!.. ¡Señor Andiguier! Piense usted que soy el padre, que la oigo sufrir y que no tengo derecho á estar á su lado. ¡Si he sido muy culpable, bien castigado estoy! ¡Dios mío! Me iré, desapareceré, expiaré mi crimen, haré lo que ella quiera... ¡Pero que viva!..

VIII

LA VIDA POSIBLE

... ¡Que viva!.. Hacía doce días que Malclerc había exhalado ese suspiro desde lo más profundo de su remordimiento, á la puerta de aquella habitación donde su mujer iba á ser madre sin que él pudiera asistirle con su presencia; doce días que Evelina había dado á luz un hijo y había estado en peligro de muerte sin que Esteban pudiera verla. La incansable adhesión de Andiguier había ahorrado á aquel hombre infortunado los desagradables detalles que aquella extraña exclusión del cuarto de su mujer debiera ocasionar.

Era preciso evitar á toda costa las preguntas que la condesa Muriel debía hacer forzosamente. Para ello Andiguier se puso de acuerdo con el médico, al que habló de una grave discusión surgida entre los esposos en el día anterior al del parto, y obtuvo que el doctor prohibiese á la parida toda visita. Aquella astucia dió resultado por el momento, pero ya Evelina entraba en la convalecencia. Iba á vivir... ¿Pero cómo? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Ahora que el peligro inmediato había pasado, surgía de nuevo el problema de las relaciones futuras de los dos esposos y era el objeto de las conversaciones cotidianas de Andiguier y Malclerc. Este repetía de continuo su promesa del primer momento: «Haré lo que ella quiera,» y su afirmación de que tendría la fuerza necesaria ahora que no necesitaba ya mentir.

— Lo que me hacía débil, decía, era la hipocresía. Estaba convencido de que aquel era mi deber, y como usted me aseguró, la consecuencia necesaria de mi falta. Toda mi energía se consumía en ese fingimiento. ¡Qué exacta es la célebre frase: «la verdad me ha libertado el alma!..» Desde que no tengo nada que ocultar, mi pena no es menor, pero tengo una fuerza que no sospechaba, porque respiro...

Al escuchar esas palabras y otras semejantes, Andiguier, que se había reprochado como un crimen aquel sueño durante el cual Evelina pudo apoderarse de la fatal llave, se preguntaba si el haberse desgarrado todos los velos no habría sido, por el contrario, un beneficio, el único, acaso, que pudieran reci-

bir aquellas dos sensibilidades. Por lo menos, á partir de este momento se iba á decidir su suerte de un modo definitivo, sin las sorpresas y las incoherencias que Malclerc había infligido á su matrimonio.

¿Pero eran todavía un matrimonio? La respuesta á esta pregunta dependía solamente de Evelina. Apenas si el mismo Andiguier la había visto un corto rato todos los días, sin que jamás hubiese hablado Evelina de otra cosa que de la salud del anciano. Aquel interés por él que la parida había manifestado aun en medio de los mayores sufrimientos, y su deseo de que el recién nacido se llamase Felipe, habían impresionado vivamente á Andiguier en la parte más sensible de su corazón. En aquella persistente ternura hacia el amigo de su madre, Andiguier había querido ver una prueba de que la horrible revelación no había destruido en Evelina el culto de la muerta. Le resultaba intolerable que la hija debiera juzgar á la madre. En medio del martirio de sus celos retrospectivos, Andiguier había llegado á ese perdón total y absoluto que hace más que excusar; que comprende, que acepta y que compadece.

¿Cómo dar á Evelina las razones de aquella indulgencia que era casi una complicidad? No podía ni debía defender á Antonieta, y sin embargo, era un suplicio para él pensar: «Evelina no la venera ni la quiere como antes...» Salvar el porvenir de aquel matrimonio y conservar el respeto de Antonieta en el corazón de su hija eran los dos únicos motivos de existencia para aquel eterno enamorado que, absorbido por esos dos sueños, no sentía la neuralgia que le estaba ahogando.

Desde que Malclerc había sabido la naturaleza del cariño del viejo por la señora de Duvernay, sentía un respeto casi piadoso hacia aquella magnanimidad, un gran remordimiento por no haberla adivinado y una especie de envidia. Sí, le envidiaba — y la comparación que sigue es pertinente tratándose del «Andiguier de las cartas del tarot», — le envidiaba como un artista inferior envidia al maestro; como el Verrocchio debió envidiar á Leonardo de Vinci cuando éste pintó la figura del ángel en el Bautismo de Cristo que está en la Academia de Florencia. El, que había deseado y perseguido tanto la emoción, resultaba confundido en presencia de aquella alma tan generosa y tan rica, capaz de un fuego de amor tan continuo á pesar de la edad. La sugestión de aquella amante energía obraba sobre Malclerc, que no podía ya hacer ni pensar nada si no lo aprobaba Andiguier.

¿Se daba cuenta éste de aquel homenaje de su rival á la superioridad de su corazón? No lo demostraba por lo menos. En desquite, si Malclerc hubiera visto cómo le miraba en ciertas ocasiones aquel fiel enamorado de Antonieta, se hubiera convencido de que el anciano sufría siempre en su presencia un estremecimiento de repugnancia física. Al mismo tiempo los tenía unidos el misterioso é inquebrantable lazo del amor común. Ambos lo sintieron con igual fuerza cuando al terminar la segunda semana, llegó un día Andiguier al hotel de la calle de Lisboa, según su costumbre, y Malclerc le abordó, antes de que entrase á ver á Evelina, y le dijo con una cara de devoradora ansiedad:

— Evelina ha preguntado por usted muchas veces... Debe suceder algo nuevo... Ha querido hablar con el padre Fronteau y éste vino esta mañana...

— ¿Pero está peor?, preguntó Andiguier.

Y al oír una respuesta negativa continuó:

— ¿No ha hablado con usted el Sr. Fronteau?

— No, dijo Malclerc, pero he creído ver en su mirada que Evelina se lo ha dicho todo...

— ¡Imposible!, respondió vivamente Andiguier, cuya fisonomía se ensombreció. No debería hacerlo ni en confesión, porque ese secreto no es suyo. No, si Evelina quiere verme, es que está á punto de adoptar una resolución...

Por mucha importancia que el anciano atribuyese á la determinación de Evelina, la idea de que el secreto de Antonieta hubiera sido entregado á un nuevo confidente, es decir, á un nuevo juez, le hacía tanto daño, que su primera pregunta á la joven se refirió á la visita del cura. Por otra parte, un detalle

de la habitación de la parida contribuyó á aumentar su inquietud. Las paredes estaban desnudas. Evelina había mandado quitar todos los cuadros bajo el pretexto de que el reflejo de la luz en los marcos y en los cristales le impedía dormir, pero en realidad por no ver encima de su cama aquel retrato de su madre del que tanto hablaba Esteban en su diario. Aquel cambio respecto de la muerta concordaba demasiado con las preocupaciones de Andiguier para que no las aumentase. Por eso, en cuanto entró, preguntó con voz débil, como si temiese despertar al niño, pero en realidad porque la emoción le apretaba la garganta:

— ¿Es verdad que ha venido á verte el señor Fronteau?

— Sí, respondió Evelina, y su conversación me ha hecho mucho bien.

Y en seguida añadió, como si hubiera adivinado la preocupación del viejo:

— Como usted comprenderá, no le he dicho más que lo que debía decirle para que él me aconsejara... No ha tratado de saber más y ha sido muy bueno conmigo...

Andiguier cogió aquella mano, tan pálida como la batista de la sábana en que estaba apoyada, y puso en ella los labios con un agradecimiento infinito. Al mismo tiempo observó que Evelina tenía en el dedo su alianza, pero no el rubí de la sortija de sus esponsales.

Aquel era el símbolo de lo que quería conservar de su matrimonio: el deber sin la esperanza; la adhesión sin los goces. ¿Era aquello propio de su edad? ¿Era siquiera humano? Para sondear hasta el fondo la herida de aquel corazón á fin de curarla si podía, Andiguier dijo:

— Si has pedido consejo al señor Fronteau, estoy seguro de que te ha dicho lo que yo me proponía decirte en cuanto tuvieras fuerza para escucharme, y es que no debes privar á este niño de su padre...; tú, que has sido tan querida y tan mimada cuando niña, debes comprender cuántas penas supone una infancia colocada entre dos enemigos...

— Lo comprendo, dijo Evelina, y no me creo con derecho á imponer ese sufrimiento á mi hijo... Los recuerdos que usted invoca están aquí — y señaló á su corazón — y aquí estarán siempre...

— Puesto que piensas así, continuó Andiguier, debes comprender también que la situación actual no puede durar... Hasta ahora nos las hemos compuesto de modo que tu tía no sepa nada; así lo creo al menos. Pero en adelante no será posible.

Y pronunciando estas palabras como el cirujano que hunde un instrumento en la herida, temiendo encontrar una fibra sangrienta, el anciano añadió:

— ¿No crees que será preciso decidirte á ver á tu marido?..

— Que venga..., respondió Evelina después de unos segundos de silencio, durante los cuales un parpadeo nervioso indicó su emoción. También ella esperaba aquella frase como el herido espera el hierro del cirujano. Que venga, repitió...

— ¿Cuándo?, preguntó Andiguier.

— Cuando usted quiera... En seguida... Solamente..., y su cara se contrajo como si le faltase la respiración; solamente, que no me hable de nada...

— ¡Cómo sufres, exclamó Andiguier, y qué rencor le guardas!..

— No, respondió Evelina moviendo la cabeza; no le guardo rencor... No se lo guardo á nadie...

Y con una voz que hizo recordar á Andiguier la de la madre cuando le contaba sus angustias, continuó:

— Cuando una mujer se ha dado como yo lo he hecho, no puede recobrar su libertad. No podría cambiar mi corazón aunque quisiera y aunque le tuviera herido de muerte... Ser desgraciada no es guardar rencor... Le amo, pero con una pena horrible. Hemos vivido con algo que yo presentía y que me hacía daño tener que buscar. Viviremos con algo que me hace más daño saber. ¿Quiere usted la prueba de que le amo todavía? Con usted no tengo orgullo. Pues bien, en estas largas horas en las que tanto he pensado, lo que más me ha hecho sufrir era decirme

que nunca me ha querido... ¡No! No es á mí á quien él ha querido... No es á mí... ¡Ah!, gimió con una mirada de terror, ¡no me haga usted decir más!..

— ¡Pobre alma!, respondió el viejo en el colmo de la emoción.

En la delicada susceptibilidad de aquel corazón de mujer que tanto había dado y recibido tan poco, reconocía Andiguier un modo de sentir muy parecido al suyo. Continuó, pues, buscando las únicas palabras que podían verter un bálsamo en aquella herida descubierta:

— Si fuera así, tendrías razón, pero no lo es. Dices que tu marido no te ha querido por ti y eso no es cierto... ¿De dónde venían entonces los momentos de turbación que le has visto atravesar? ¿Contra qué ha luchado sino contra la pena del daño que te había hecho? Si quieres, te traeré su diario, le leerás por entero y verás como cada día te ha querido más y cuán insoportable le era el mentir... Condénale; estás en tu derecho. Pero no digas que no te ha amado... He podido juzgarle después de haberse confiado á mí, y sé que es digno de ser amado. Si le hubieras visto mirar á vuestro hijo, no dirías que no te ama...

¡Ah! ¡Qué trabajo le costaba á Andiguier hacer aquel elogio del hombre á quien tenía tan poderosos motivos para odiar!

— Sí, dijo Evelina; sé que es bueno para el niño... Me han dicho que le coge y que le besa... Pero se puede amar al hijo y no á la madre...

— Ne tienes más que entregárselo cuando entre y verás á cuál de vosotros dos dirige su vista...

— No podré..., respondió Evelina. Puedo recibirle. No me pidan ustedes más...

Después de un silencio, durante el cual rezó sin duda mentalmente con todas las fuerzas de su corazón tan enfermo, Evelina dijo á Andiguier en el tono con que una víctima habla á su verdugo:

— Vaya usted á buscarle. Estoy dispuesta...

La magnitud del esfuerzo que aquella mujer se imponía, se manifestó por el temblor que se apoderó de ella cuando se abrió la puerta y Esteban entró en la habitación. Al verla tan blanca, tan demacrada y agitada por aquel estremecimiento convulsivo, una indecible emoción descompuso también el semblante de Malclerc. La más dolorosa ternura brilló en sus ojos, de los que brotaron dos gruesas lágrimas, y sin pronunciar una palabra, retrocedió para marcharse.

Ante aquel evidente enternecimiento de su marido y aunque Evelina sabía por experiencia que esas emociones de la piedad no tienen nada de común con la pasión, el manantial del amor se abrió en ella y le hizo intentar el ademán de que poco antes se había declarado incapaz. Como si quisiera entregárselo á su padre, cogió al niño que dormía en su cuna, pero no se lo ofreció. No se opuso, sin embargo, cuando Andiguier cogió á su vez la criatura y la puso en los brazos de Malclerc. Éste rozó con los labios la frente de su hijo y quiso devolvérselo al viejo, el cual le rehusó y, apartándose á un lado, empujó dulcemente al padre hacia la cama de Evelina.

La madre pareció vacilar un segundo, pero al fin recibió el niño de manos de su marido. Por la cara de este hombre pasó entonces una expresión de reconocimiento y de amor, como si presagiase un perdón que no tenía derecho á pedir ni á esperar. Y aquello bastó para que Andiguier, testigo de aquella escena muda, entreviese la posibilidad de que aquellos dos seres se aproximasen aún y se entregasen á una existencia en la que acababa de aparecer el principio de la eterna renovación. Creyó que aquella primera entrevista no debía prolongarse, y dijo acariciando con su vieja mano las tiernas mejillas del niño:

— Os lo pido en su nombre... Hay que querer olvidar... Es preciso que viváis ahora.

— Trataré de hacerlo, dijo Malclerc con voz firme, apoyando la mano en el hombro de Andiguier.

— Y yo, dijo Evelina con acento ahogado, oprimiendo dulcemente al niño contra su corazón.

PABLO BOURGET.

CONCURSO DE CARTELES ARTÍSTICOS EN MONTEVIDEO

La casa Martí y C.^a, de Montevideo, dedicada á la importación de productos españoles y representante exclusivo del Xerez-Quina, que preparan los Sres. Feliu Ruiz y Ruiz y C.^a, de Jerez de la Frontera, deseando proporcionar á los artistas hijos de la República del Uruguay ó en ella residentes ocasión de lucir una vez más su talento, invitó hace poco tiempo á presentar un proyecto de cartel-anuncio del producto citado, abriendo á este efecto un concurso para el que se señalaron tres premios.

Treinta fueron los trabajos que al concurso se presentaron, la mayoría de ellos de gran valor artístico, que se exhibieron al público por espacio de ocho días, habiendo visitado aquella exposición más de 50.000 personas.

El jurado, que formaban reputados artistas y notables personalidades del foro y de la prensa uruguayos, adjudicó el primer premio al trabajo que llevaba por lema «Pintamonas,» que resultó ser obra de D. Carlos M.^a Herrera: este joven pintor de Montevideo ha estudiado en Italia, bajo la dirección de renombrados artistas, y constituye una de las más legítimas esperanzas para el arte del Uruguay.

El segundo premio fué otorgado al cartel que ostentaba el lema: «y en aquel mayo sensiblemente tibio...» Su autor, el joven estudiante de Derecho y dibujante D. José M.^a Fernández Saldaña, nació en el Salto (Uruguay), y á más de su gran aplicación al estudio de su carrera, se dedica con gran éxito al del dibujo, siendo colaborador de *La Alborada*, uno de los más importantes semanarios ilustrados de Montevideo.

Concedióse el tercer premio al cartel que llevaba el lema «Salve,» original de D. Luis Queirolo Repetto, joven artista,



CARLOS M.^a HERRERA

también Uruguayo, que es muy ventajosamente conocido por sus trabajos: ha estudiado en Italia y en varias ocasiones ha demostrado ser pintor de buena cepa.

Los carteles premiados, que reproducimos en esta página junto con los retratos de sus respectivos autores, responden perfectamente al objeto á que se les destina y reúnen todas las cualidades que se exigen en esta clase de obras. En todos ellos hállanse hábilmente combinados el elemento artístico y el puramente industrial, y aunque pertenecientes cada uno á un género distinto, dentro de la tendencia modernista que en los tres prevalece, tienen todos ellos condiciones que demuestran en sus autores excelentes aptitudes para el cultivo del arte pictórico.

Las fotografías de donde están reproducidos los carteles y los retratos nos han sido remitidas por nuestros corresponsales en Montevideo, Sres. Cuspinera, Teix y C.^a, á quienes damos las gracias por su atención. - X.



Cartel que obtuvo el primer premio en el concurso, obra de Carlos M.^a Herrera



J. M.^a FERNÁNDEZ SALDAÑA

Las cargas del seguro contra los accidentes incumben á los patronos reunidos en sindicatos especiales. Desde 1886 á 1898 el número de accidentes declarados se ha elevado de 92.000 á 270.000, y el de accidentes indemnizados de 10.000 á 250.000. La cifra de las cantidades pagadas en 1898 ascendió á unos 89 millones de pesetas.

Las leyes concernientes á las cajas para inválidos del trabajo y para los ancianos de 70 años han dado también, al parecer, excelentes resultados. Estas dos cajas han satisfecho hasta ahora más de 500 millones de pesetas, de los que una tercera parte aproximadamente ha sido pagada por los obreros, otra tercera parte por los patronos y el resto por el Estado. El importe medio de las pensiones concedidas apenas excede de 190 pesetas.

pues durante las trece primeras percibe la indemnización por enfermedad. En caso de muerte, se abonan á los herederos los gastos de entierro, cobrando además una pensión la viuda durante toda su vida, á menos de que vuelva á casarse, y los hijos hasta que cumplan 15 años.



Cartel que obtuvo el segundo premio en el concurso, obra de J. M.^a Fernández Saldaña

REGLAMENTACIÓN HIGIÉNICA DEL MATRIMONIO

Desde hace algún tiempo los higienistas y los moralistas, impresionados por las consecuencias de las uniones mal combinadas desde el punto de vista físico y de la influencia nefasta que sobre los descendientes ejercen los defectos patológicos de los padres, han formulado el deseo de hacer preceder el matrimonio, como la incorporación militar, de una visita médica que decidiera si los futuros cónyuges son aptos para el servicio social á que aspiran.

Los americanos, que no retroceden ante ninguna consecuencia lógica de las sugerencias más modernas de la ciencia, después de habernos dado el ejemplo de ligas contra la expectoración, contra el beso, etc., se proponen decretar la necesidad del «billete de matrimonio.»

Esta última novedad pertenece al estado de Indiana, cuyo senado ha votado un proyecto de ley que tiende á disminuir el número de divorcios evitando las uniones mal avenidas. Este proyecto de ley dispone, entre otras cosas, el nombramiento de una comisión matrimonial, compuesta de dos madres de familia, de dos médicos de reconocida autoridad y de un abogado encargado de formular las reglas por que han de guiarse los empleados del registro civil en la entrega de la licencia matrimonial. Todo el que aspire á esta licencia habrá de sufrir un examen ante esta comisión, y no po-



LUIS QUEIROLO REPETTO

drá celebrarse en el estado de Indiana matrimonio alguno sin cumplirse antes esta formalidad; y en el caso de que el examen del candidato y la información sobre sus ascendientes demostrasen que las consecuencias de la proyectada unión habían de ser nocivas á los intereses de la sociedad en general, esa unión será prohibida.



Cartel que obtuvo el tercer premio en el concurso, obra de Luis Queirolo Repetto

LOS SEGUROS OBREROS EN ALEMANIA

El seguro de los obreros contra las enfermedades ha sido organizado en Alemania por una ley de 15 de junio de 1883, modificada desde entonces varias veces.

La ley de 6 de julio de 1864, completada en 1885, 1886 y 1887, organizó los seguros contra los accidentes, y finalmente la ley de 22 de junio de 1889, completada en 1891 y 1894, ha organizado los seguros para la vejez y para los inválidos del trabajo.

El seguro contra las enfermedades es obligatorio para todo individuo, hombre ó mujer, ocupado en la industria ó en el comercio con un salario inferior á 2.500 pesetas al año; cada asegurado tiene derecho á la asistencia médica y á los medicamentos y además percibe durante su enfermedad, cada día laborable, una indemnización de la mitad por lo menos del salario normal. Estos socorros, sin embargo, no se conceden más que por un período de trece semanas. En caso de muerte, los herederos perciben una indemnización. Los seguros contra enfermedades comprenden actualmente nueve millones de asegurados, de ellos siete millones varones: los fondos ascienden á 175 millones de pesetas y los socorros á 150 millones.

El número de obreros socorridos oscila entre el 32 y el 39 por ciento del número total de inscritos.

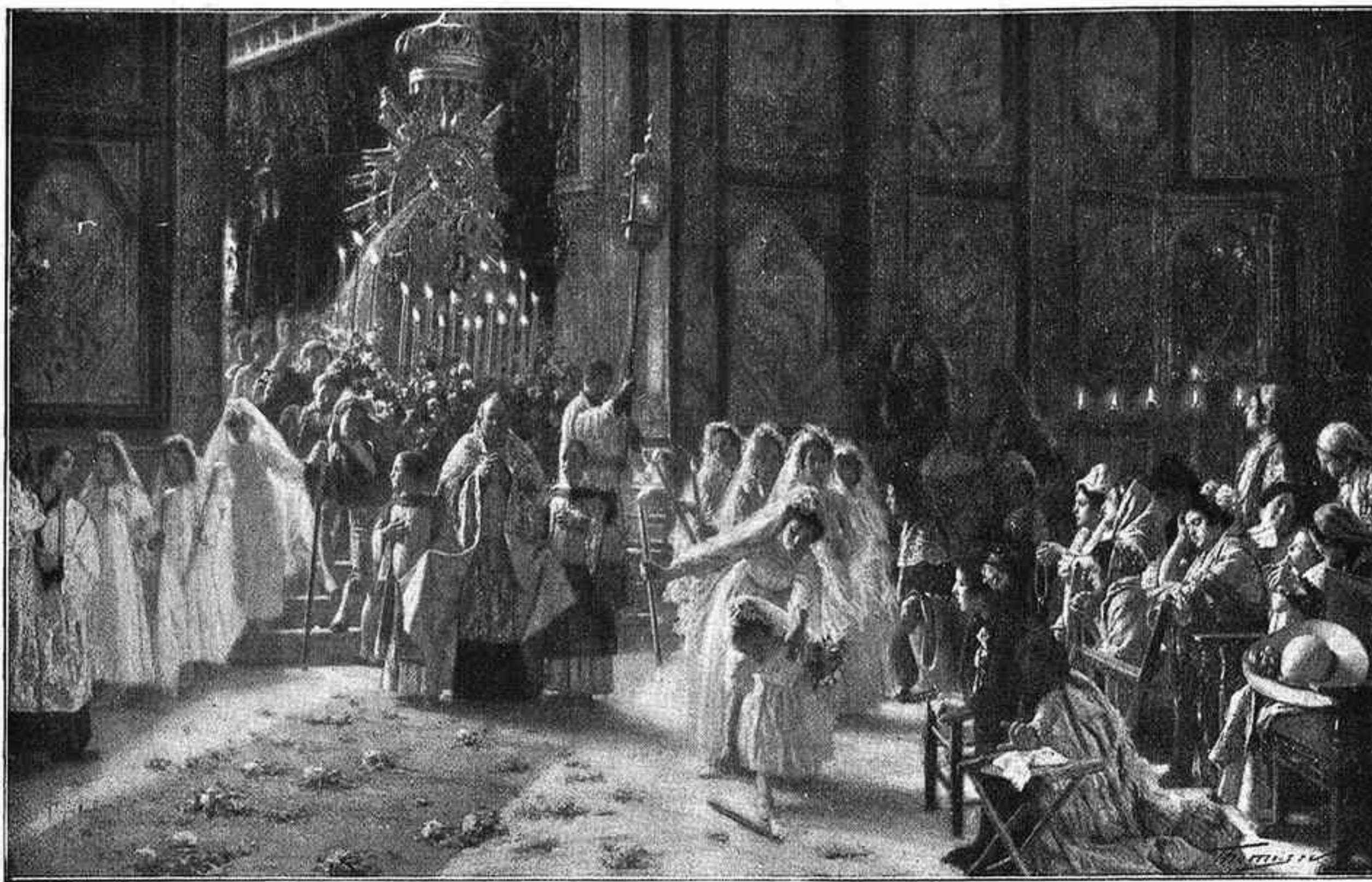
El seguro contra los accidentes cuenta más de 18 millones de asegurados, de ellos cuatro millones son pequeños propietarios de tierras. El asegurado tiene derecho á una indemnización en caso de accidente del trabajo. En este seguro las enfermedades, aun cuando sean debidas al trabajo, no dan derecho á indemnización. Esta comprende el reembolso de los gastos ocasionados por el accidente y además una pensión que puede elevarse á las dos terceras partes del salario, pero que no cobra el asegurado hasta después de catorce semanas,

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

EL TESTAMENTO DEL SEÑOR CHAUVELIN, por A. Dumas (padre). - Forma parte este tomo de la Biblioteca Económica que con éxito creciente edita en Barcelona D. Luis Tasso: tratándose de una obra del popular novelista francés huelga todo elogio, pues sabido es que nadie como ese fecundo escritor ha dominado el género histórico-novelesco, al que pertenece *El testamento del señor Chauvelin*. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

SU MATRIMONIO, por Enrique Martínez Sobral. - Continuando la serie de novelas que constituyen las «Páginas de la vida,» el distinguido escritor guatemalteco señor Martínez Sobral ha publicado la titulada *Su matrimonio*, obra que como las anteriores demuestra en su autor un profundo conocimiento de la sociedad en que vive, conocimiento que se manifiesta en la manera admirable como retrata los tipos y describe los cuadros de costumbre. La novela, además del interés de la acción, merece elogios por su lenguaje castizo y elegante. Ha sido impresa en Guatemala y se vende á dos pesos.



LA FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DEL CARMEN, cuadro de Joaquín Luque y Roselló

EL ORIGEN MUSULMÁN DE LOS JESUITAS. LOS SECRETOS DE LOS JESUITAS (MÓNITA SECRETA). - Se han publicado re-

unidos en un tomito un curioso trabajo de Víctor Charbonel en el que se señalan las afinidades que, en sentir del autor, existen entre la Compañía de Jesús y las sociedades secretas musulmanas, y una traducción de la *Mónita secreta*, tomada del manuscrito del P. Brothier y conforme con el manuscrito auténtico que se conserva en los archivos del Palacio de Justicia de Bruselas. Véndese en Barcelona en el quiosco Moderno, Rambla del Centro, 1, al precio de seis reales.

MUERTO DE AMOR, por Javier de Montepin. - El tomo 77 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López contiene las dos obras *Muerto de amor* y *El amor de una pecadora* del popular escritor francés que tanto sabe cautivar á sus lectores por el interés dramático de los argumentos de sus novelas y por la habilidad con que desarrolla la acción de las mismas. El tomo, con una bonita portada de Junyent, se vende á dos reales.

CURTAS Y MES CURTAS, per Joseph Plana y Dorca. - Colección de poesías cortas que encierran bellos pensamientos; sin descuidar la forma, el autor ha dado capital importancia al fondo de sus composiciones. Impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese el tomo á una peseta.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.** **Grazeas al Laetato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **HEMOSTÁTICA** PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS **EL APÍOL DE LOS D^{RES} JORET-HOMOLLE** CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS. F^{ia} G. SEGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165. TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO **Pepsina Boudault** Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^R CORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT** PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

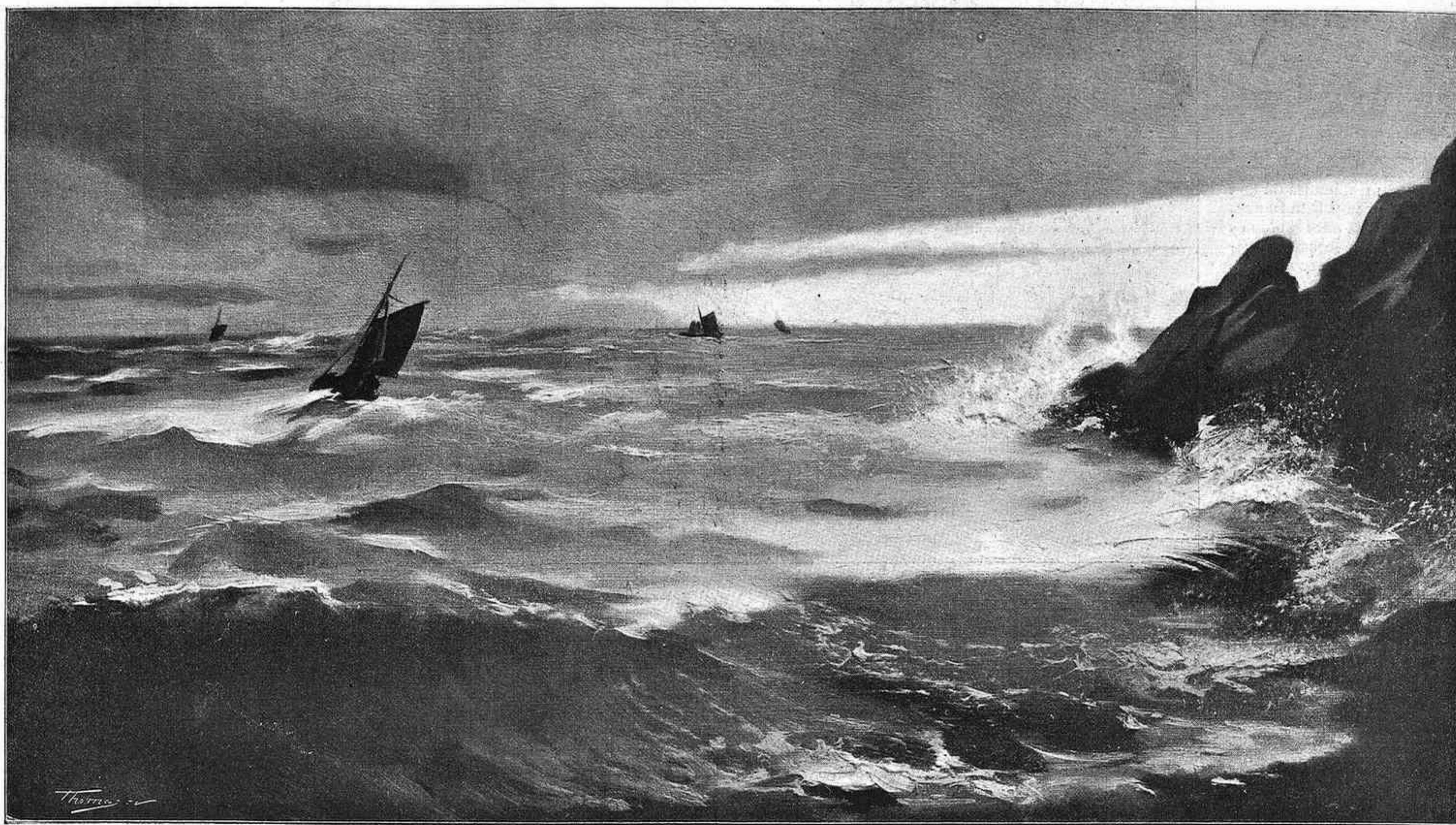
Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO **PASTILLAS y POLVOS PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. **PILDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. **PILDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{RES} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. **JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS** Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias



Marina, cuadro de José M.ª Marqués. (Salón Parés)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPETRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los *Reumatismos,*
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTIGAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Candès et Cie. B-St-Denis, 14

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
 de la
 Real Casa



26 Diplomas
 de Honor.
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
 Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
 Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
 El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
 DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN